


S.S SERVICIO SECRETO

ALF REGALDIE

LA MUERTE ACOSA

Apenas el capitán Ernie *Short* hubo traspuesto la entrada de la amplia dependencia, vestido de forma un tanto descuidada, con negligente elegancia, el sargento Wellesley, que estaba operando con unas fichas, se apresuró a ponerse en pie.

Aunque *Short*, lo mismo que Wellesley, vestía de paisano, el sargento había adivinado en él al militar, y más aún, al militar de mayor graduación.

—Por favor, no se moleste. Debo ver al señor Thorpe.

—Sí, señor, enseguida.

Publicada por editorial Bruguera en la colección Seleciones Servicio Secreto con los números 26 y 242.



Alf Regaldie

La muerte acosa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 448

ePub r1.0

LDS 02.05.18

Título original: *La muerte acosa*
Alf Regaldie, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Alf Regaldie

La muerte acosa

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Apenas el capitán Ernie *Short* hubo traspuesto la entrada de la amplia dependencia, vestido de forma un tanto descuidada, con negligente elegancia, el sargento Wellesley, que estaba operando con unas fichas, se apresuró a ponerse en pie.

Aunque *Short*, lo mismo que Wellesley, vestía de paisano, el sargento había adivinado en él al militar, y más aún, al militar de mayor graduación.

—Por favor, no se moleste. Debo ver al señor Thorpe.

—Sí, señor, enseguida.

Pulsó el sargento un timbre y a poco apareció por una puertecilla lateral una linda joven que hizo silbar admirablemente a Ernie *Short*.

—¡Exquisita y maravillosa! —exclamó a continuación, sin dejar de contemplar con expresión de agrado a la joven.

No exageraba Ernie. La exótica y fina belleza de Gladys Neuman, justificaba plenamente la actitud del joven, si bien ella, mentalmente, le calificó de impertinente.

—¿Puedo saber qué es lo que desea? Porque supongo que no habrá entrado aquí para decirme eso.

La expresión de la joven al hablar, había perdido la amabilidad del primer momento. Pero no había podido borrar la felina exquisitez de sus formas incitantes, que se adivinaban por el gracioso corte del ceñido traje de seda oscuro.

Ernie aspiró con delicia el suave perfume que se desprendía de la joven y respondió:

—Le ruego que me perdone. Es cierto que no he entrado para decirle eso, sino para ver al señor Thorpe. Me llamo Ernie *Short*. Sea buena, perdóneme y tenga la bondad de decirle que estoy aquí.

La actitud de Ernie, lejos de ablandar a Gladys, pareció enfadarla más y sus almendrados ojos negros, destellaron, reflejando enfado y curiosidad a la vez.

—¡Comprendo! El maravilloso Ernie *Short*. ¡Lo que nos faltaba!

—¿Se puede saber qué es lo que quiere decir? —interrogó Ernie.

—Sencillamente, lo que he dicho. ¿O se considera usted el único ser con derecho a expresar las impertinencias que piensa?

La salida de la joven no desconcertó al oficial, quien fingió cubrirse el rostro con un brazo, al tiempo que decía con innegable gracia:

—Bien, no. Puede usted continuar disparando. Es la mejor forma de que lleguemos a ser buenos amigos.

—¿Amigos? Soy de las que saben elegirlos y no puedo imaginar que quepa usted entre ellos.

Lo fulminó con una mirada despectiva y dio media vuelta al tiempo que decía:

—Haga el favor de esperar. Voy a anunciarle.

Lo dijo en tono seco y se alejó contoneándose graciosamente, poniendo de relieve aún más la maravilla de sus formas.

Al quedar solo en la vasta pieza con el sargento, se volvió a éste, que sonreía maliciosamente y se encogió levemente de hombros.

No hubo de esperar mucho tiempo, Ernie *Short*. Aún no había transcurrido un minuto, cuando volvió a aparecer Gladys, que le dijo con su voz acariciadora, de agradable timbre:

—Le ruego que me siga.

—Con mucho gusto.

Le había respondido seriamente en semejante ocasión y traspuso tras ella la puerta, que luego la propia Gladys cerró, encontrándose en un despacho puesto con bastante lujo y que respondía por su aspecto al de una organización comercial, que es lo que aparentaba ser.

Tras una magnífica mesa, se hallaba sentado el comandante Thorpe, vestido también de paisano, y cuyo aspecto imponía a primera vista.

Tenía el pelo entrecano ya, se advertía alto y vigoroso, pero lo que daba mayor personalidad a su conjunto era la mirada de sus ojos claros, que parecían calar en lo más profundo de la persona con la cual se enfrentaba.

Gladys Neuman, que se había rezagado al cerrar, se adelantó hasta situarse a uno de los laterales de la mesa que ocupaba el comandante Thorpe.

—Se presenta el capitán Ernie *Short*, señor.

El comandante miró al recién llegado con expresión de autoridad, examinándolo detenidamente de cabeza a pies.

—Está bien, capitán. Descanse. Deme su documentación.

Ernie entregó su documentación al comandante y éste a su vez la puso en manos de Gladys.

—¿Quiere hacer el favor de verificarla?

—Sí, señor.

Pasó la joven a otro departamento, y cuando se hubieron quedado solos los dos hombres, el comandante Thorpe habló lentamente:

—Capitán *Short*. Tengo referencias de que es usted un oficial competente. Si he de hacer caso a su hoja de servicio, más que competente es usted extraordinario, rayando en *10* fabuloso.

Había un fondo de ironía en la expresión del comandante; pero *Short* no pareció advertirla, manteniéndose normal, en respetuosa actitud.

—Espero que no me defraude, aunque yo no le pediré nada de carácter excepcional. Sé que está usted habituado a trabajar con libertad, con métodos propios que se salen bastante de nuestra ortodoxia.

Hizo una pausa el comandante, aguardando a que el joven oficial se manifestase, pero ante el silencio de éste, continuó:

—Debe tener en cuenta que en lo sucesivo trabajará directamente bajo mis órdenes y que yo soy de los que no admiten personalismos.

—Perfectamente, señor.

—Y otra cosa.

—Usted dirá, señor.

—Junto con las referencias que le favorecen, tengo otra que le perjudica enormemente. Es la que se refiere a su conducta entre el sexo femenino y a determinados lugares de tipo frívolo que usted suele frecuentar, cultivando amistades poco convenientes cuando se actúa en lugares delicados, en misiones como las que se nos encomiendan.

—Tal vez esos informes no sean demasiado justos, señor. Cuando he frecuentado tales lugares y determinadas amistades, salvo excepciones, ha sido por motivos de servicio y casi siempre he logrado el resultado apetecido.

—Aunque así sea…

Dejó el comandante la frase en el aire y *Short* aprovechó para continuar:

—No es corriente que determinado tipo de espías se muevan en los salones del gran mundo. Esto son excepciones y máxime, cuando el espionaje roza con delitos de tipo común.

—Bien. Admitiendo que sea así, en lo sucesivo habrá de obedecer mis órdenes.

—De eso no hay duda alguna, señor. Mi expediente personal no arroja una sola desobediencia; ni una sola falta de respeto a mis superiores ni aun a los que están por debajo de mí.

—Debo reconocer que eso es cierto. Como sea, no trato de meterme en su pasado, pero le prevengo para el porvenir. Seré inflexible, en particular, en lo que se refiere a las personas del sexo femenino con las que usted se haya de relacionar en gracia a su servicio.

No respondió *Short*, a quien no cayó en saco roto que con toda seguridad Gladys se habría quejado al comandante.

Gladys Neuman regresó en aquel momento, entregando la documentación de *Short* al comandante.

—Verificada, señor. Está todo en regla.

—Gracias, teniente Neuman.

«Así pues —pensó *Short*—, esta jovencita que imaginé era japonesa, pues sus facciones lo proclamaban bien claro, resulta que es oficial de nuestros servicios. ¡No está mal!».

—Apenas si conozco Tokio, señor, y las costumbres que tienen aquí. ¿Debo buscar alojamiento por mi cuenta?

—No. El sargento Mark Wellesley se encargará de tal cosa. No olvide que para todos los efectos figurará usted como agente de la firma «Thompson y Andrews, Exportación».

—Sí, señor.

Iba el comandante Thorpe a autorizar a *Short* para que se retirase, cuando se produjo una llamada telefónica a la que acudió rápidamente Gladys, quien entregó el aparato telefónico al

comandante.

—Es para usted, señor. Se trata del señor Frank Holt.

El comandante tomó el aparato vivamente interesado:

—¿Qué hay, Holt? Sí, soy Thorpe.

—Deseo que nos veamos, amigo Thorpe.

Percibió el comandante que Frank Holt se hallaba impresionado y respondió:

—¿Sucede algo? Ya sabe que me tiene a su disposición.

—Sí. Voy viendo algunas cosas raras, que no rae agradan en absoluto y quisiera que las conociese usted.

—¿Quiere que me desplace ahí en un momento?

—No, no es preciso. Casi preferiría que nos reuniésemos lejos de aquí. Puedo ir a donde usted me indique.

—¿Quiere que comamos juntos? Puedo recogerle a la salida.

—Bien, amigo Thorpe. Puede aguardarme a la salida e iremos a donde le parezca a usted. Comeremos juntos y así nos quedará tiempo para charlar.

—¡Magnífico!

—Debo confesarle que tengo algo de miedo —expresó Frank Holt a manera de despedida.

—¿Quiere que le ponga una protección?

—No llega a tanto. No lo considero necesario.

—Como quiera. Me tiene a sus órdenes. Estaré a recogerle a las dos en punto.

—Perfectamente. Hasta luego.

Pensativo, entregó Thorpe el aparato telefónico a Gladys, quien lo colocó en la horquilla, percibiéndose el leve timbrazo que indicaba que la comunicación había sido cortada.

Consultó Thorpe su reloj y se dirigió a *Short*.

—Son las diez y media. El sargento Wellesley le acompañará a lo que debe ser su alojamiento. Puede descansar usted un rato y a la una estará usted aquí, para prestar su primer servicio.

—A sus órdenes, señor.

—Hubiese preferido que descansase hoy durante todo el día. Pero el servicio tiene estas exigencias. Estamos escasos de personal para la ingente tarea que se nos ha venido encima.

—No le preocupe, señor. Puedo entregarme al servicio inmediatamente.

Se produjo una llamada en un teléfono interior al cual acudió Gladys, quien cambió a poco unas palabras con el comandante Thorpe.

—Dígale que pase. Es bueno que el capitán *Short* se vaya enterando de cosas. Quédese un momento, aún, capitán.

—Con mucho gusto, señor.

No tardó en penetrar en la estancia un joven pelirrojo, de aspecto agradable quien después de saludar respetuosamente al comandante, fue presentado por éste a *Short*.

—El teniente John Bridge, el capitán Ernie *Short*.

Se estrecharon los dos hombres las manos y a una indicación del comandante habló Bridge:

—Nada, señor. Ha preferido envenenarse.

—¿Envenenarse? ¿Cómo es posible? ¿Cómo se han descuidado ustedes?

—No ha habido descuido alguno, señor. Llevaba una pequeña ampolla de cristal, con cianuro, en la boca. Como podrá darse cuenta, viven prevenidos.

—¿Se le ha identificado?

—No, señor. Pero se le han cogido unas microscópicas fotografías que se han entregado para su ampliación. Tan pronto estén hechas las ampliaciones, se las traerán.

El comandante Thorpe dejó que su mirada vagara por el vacío, mientras en su boca se señalaba un rictus de amarga contrariedad.

—No tenemos suerte. Se nos van de entre las manos.

—Falta de suerte por nuestra parte y que, indudablemente, saben trabajar. Deben estar dirigidos por un hombre inteligente y con mano de hierro.

Se produjo una pausa a la que dio fin el propio teniente Bridge, preguntando:

—¿Ha logrado que se aplace la ejecución de River?

—Sí. He conseguido un aplazamiento de dos meses. Si en ese tiempo no hemos conseguido desenmascarar a los culpables y demostrar su inocencia…

—Lo conseguiremos, señor —respondió Bridge—, pese a esas acusadoras huellas que aparecieron en los documentos fotográficos y a su conducta poco normal, que no te ha favorecido nada.

Los ojos del comandante Thorpe y los de Gladys Neuman

dirigieron sus miradas sobre Ernie *Short*, quien no se dio por aludido.

El comandante, explicó:

—El capitán River trabajó con nosotros, pasando luego a la Comisión de Ayuda, en su apartado de armamentos. Era un excelente muchacho, pero un poco *frívolo* y se ha visto envuelto en el asunto que nos lleva de cabeza a todos.

—No es el primer caso que se da —comentó *Short* por decir algo —. El enemigo es hábil, hay que contar con él.

—Exactamente. Y por nuestra parte no debemos ofrecer fisura alguna —objetó el comandante.

—Y precisamente por esa misma habilidad del enemigo —comentó *Short* devolviendo la pelota a su superior—, no siempre los métodos ortodoxos dan resultado. Suelen ser bien conocidos del enemigo.

—Cabe en lo posible. Pero el salirse de ellos ofrece no pocos peligros para el que los practica. Tal vez sea ése el caso de River.

—Lo desconozco, señor y no me atrevo a juzgar.

—Hace usted bien, capitán. La discreción es una gran cosa.

Se despidió el teniente Bridge y Thorpe se dirigió de nuevo a *Short*.

—Tenemos un grave asunto de espionaje entre manos. Hasta ahora no se ha podido coger más que al capitán River y parece que es inocente.

—No deja de ser una desgracia.

—Exactamente. Bien, hoy hemos podido dar caza a un pobre diablo. Ha sido cosa de azar. Y ya conoce usted los resultados. Se ha suicidado y ya veremos si logramos identificarle, cosa nada fácil.

—A fuerza de tesón se logra triunfar —expresó *Short* por decir algo.

—Vamos a lo que interesa y se irá inmediatamente con Wellesley. La persona con quien he hablado antes por teléfono es un buen amigo, empleado en la Comisión de Ayuda, precisamente en armamentos, como el capitán River. El hombre desea hablar conmigo.

—¿Ha visto algo anormal?

—A lo que se desprende, sí, y nos hemos dado cita para la hora de comer. El hombre tiene miedo, me ha hablado con recelo, tal

como si temiese ser espiado…

—Resulta extraordinario que sea la gente que vive dentro de la ley la que tema ser espiada —comentó *Short*.

—Sin embargo, así es. Piense, capitán, que no todo es gente aguerrida, forjada en la lucha, como, por ejemplo, usted.

—¡Por favor, señor…!

—Usted tiene una brillante hoja de servicios. Su sobresaliente campaña en el Pacífico, luego Corea y más tarde su actuación en Taiwan, en los servicios de información. Ha destacado usted mucho. Resulta maravilloso, ¿no es así, teniente Neuman?

Sonrió la joven Gladys con expresión maliciosa al captar la ironía que campeaba en las palabras del comandante Thorpe.

Pero Ernie fue capaz de sobreponerse a la ironía de su jefe y respondió con cierta petulancia:

—Debo reconocer que no está mal la cosa. Hay quien tiene una hoja de servicios más brillante que la mía, a mi edad. Pero no son muchos. Y estoy satisfecho de ello, señor.

—Puede estarlo usted —observó Thorpe descorazonado al observar que sus ironías no hacían mella en el ánimo del joven capitán.

—¿Entonces, debo estar aquí a la una en punto?

—Sí. Como le he dicho, mi amigo demuestra tener miedo, signo evidente de que se cree vigilado o, al menos, de que puede existir esa posibilidad.

—Indudable.

—Pues bien, capitán. Usted acudirá a la cita detrás de mí. Verá cómo me reúno con el señor Frank Holt.

—¿Cómo es él?

—Un hombre de unos cincuenta años, de estatura corriente dando en bajo y de aspecto vulgar. Es uno de esos funcionarios de probidad ejemplar que viven para su trabajo. Sin personalidad, solterón, nos conocemos hace muchos años y tiene en mí una confianza ilimitada.

—Lo comprendo.

—Usted verá cómo me reúno con él y su misión es vigilar por si fuésemos seguidos por alguien. Le escojo a usted, además de la carencia de personal, porque es desconocido en Tokio.

—Pero si vengo demasiado por estas oficinas, imagino que

dejaré de ser desconocido.

—Me pone usted en un dilema. Ya estudiaremos ésa. En fin, yo procuraré maniobrar de forma que si alguien nos sigue, no tenga más remedio que ponerse en evidencia para que usted lo vea con claridad.

—Perfectamente.

—Hasta luego, capitán. El teniente Neuman ocupará el puesto de Wellesley mientras éste le acompaña.

—A sus órdenes, señor.

Se libró muy bien de decir que hubiese preferido que le acompañase el teniente Neuman.

Habían llegado a la puerta, y, después de abrir, se apartó para ceder el paso a Gladys.

La joven se ruborizó y expresó:

—Por favor, capitán, usted primero.

—He aquí una cosa que no termino de comprender. La galantería es siempre la galantería, «señorita» Neuman. Le ruego que pase usted primero.

No tuvo más remedio Gladys que obedecer y cuando Ernie *Short* se volvió para cerrar, observó una sonrisa burlona en el semblante del comandante.

Una vez en la calle con el sargento Wellesley, preguntó *Short* por entablar conversación:

—¿Está muy lejos?

—No. A unos trescientos metros.

—¿Residimos todos allí?

—Nosotros, sí. Las señoritas, no.

—¿Y el comandante?

—Tampoco.

Hubiese preguntado Ernie a Wellesley sobre el comandante y el teniente Neuman, pero calló considerando que aquello era hacer un flaco servicio a la disciplina.

Una vez en la casa donde debía alojarse, en la cual todo el personal del servicio, tanto de mujeres como en hombres, era norteamericano, le fue señalada una habitación.

Le acompañó hasta ella el propio Wellesley, quien indicó:

—Era la que ocupaba el capitán River cuando estaba entre nosotros.

—¿Cómo es él?

—Un gran muchacho, pero un tanto alocado. Las mujeres se lo rifaban.

—Cuando tengamos algún rato libre, sargento Wellesley, me agradará que me hable de él. Y hasta me agradaría darme una vuelta por los lugares que él frecuentaba.

Wellesley miró en torno dando la sensación de que temía ser espiado y respondió con miedo que ocultaba en una cierta comicidad.

—¡No se le ocurra semejante cosa, señor!

Y sin aguardar a más, se retiró.

CAPÍTULO II

Eran las dos en punto cuando el comandante Thorpe llegaba ante el edificio donde se hallaba la Comisión de Ayuda en la cual trabajaba Frank Holt.

Se aseguró de que Ernie *Short* le había seguido y a continuación dirigió su mirada con expresión de indiferencia hacia la amplia portalada del edificio, por la cual comenzaban a salir hombres y mujeres, descendiendo a continuación por la escalinata de piedra.

Caminando reposadamente, apareció en lo alto de la escalinata Frank Holt, quien, al divisar al comandante Thorpe, le dirigió un amistoso saludo con la mano.

—Parece que está tranquilo. Mejor que mejor —comentó para sí el comandante.

Correspondió Thorpe al saludo de Frank Holt y se adelantó a su encuentro.

Frank Holt, por su parte, se apresuró a bajar la escalinata para atravesar la calzada, destacando prontamente entre los demás empleados, a los que dejó atrás.

Cruzaba ya la calzada y apenas si le separaban quince metros del comandante, cuando surgió un automóvil gris, que se interpuso entre los dos hombres.

Y en el mismo momento, por una de las ventanillas del coche, cuyo cristal saltó hecho menudos fragmentos, asomó la boca de fuego de una «Thompson», apuntando a Frank Holt.

Y tras la ametralladora, apareció un rostro de facciones duras, con la boca contraída por un rictus de crueldad.

Frank Holt quedó paralizado por el terror y gritó:

—¡No!

Fue un grito de protesta contra su destino, al comprender con

angustia infinita que, irremisiblemente, había llegado su final.

Se produjo todo en fracciones de segundo, a pesar de lo cual, el comandante Thorpe se apercibió y sacó su pistola, disponiéndose a intervenir.

Pero un pesado camión que avanzaba a toda velocidad en la misma dirección que el automóvil gris, se interpuso entre éste y el comandante.

Se produjo el característico tableteo de la ametralladora.

Los proyectiles, en ráfaga, picaron el pavimento a espaldas de Frank Holt, mientras éste, con las facciones desencajadas por el horror, se tambaleó y, llevándose ambas manos a la altura del corazón, cayó de Bruces.

Los empleados que habían salido del edificio, ante lo inesperado de la agresión, corrieron en tropel, sin saber dónde situarse para guardarse de la rociada de proyectiles.

Cayeron algunos, se produjeron gritos y ayes de dolor.

Únicamente el comandante Thorpe y el capitán *Short* conservaron la serenidad, lanzándose a todo correr detrás del coche gris, el cual huyó a toda velocidad, en marcha paralela primero y adelantando luego al pesado camión.

Dispararon los dos hombres contra el automóvil, tratando de reventar los neumáticos, sin lograrlo.

La ventanilla trasera del automóvil saltó y apareció por ella la boca de fuego de la «Thompson». Y tanto el comandante como *Short* hubieron de arrojarse rápidamente a tierra para evitar la rociada de proyectiles que pasaron silbando por encima de ellos.

Disparó *Short* una vez en el suelo y observó la crispación que se dibujaba en el rostro del pistolero, el cual dejó caer el arma.

—¡Le he dado, comandante!

—¡Ya lo he podido apreciar! ¡Adelante!

Se levantaren ágilmente una vez eliminado el peligro y lograron alcanzar el camión, a cuyos estribos saltaron.

—¡Deprisa! —ordenó el comandante—. Hay que darles alcance por encima de todo.

Volvieron a disparar contra el automóvil desde el que había partido la agresión; pero el chofer de éste, sin ceder en su velocidad, en una audaz maniobra, se metió en una estrecha calleja.

El camión, a instancias del comandante Thorpe, y en espera de

lograr otro vehículo más ligero, le siguió.

Pero una ráfaga disparada por los criminales alcanzó una de las ruedas delanteras del camión, quedando el enorme carruaje medio atravesado, paralizado, obstruyendo el paso.

El automóvil gris continuaba alejándose a gran velocidad, ganando distancia, hasta girar en una esquina por la que se perdió de vista.

Abandonaron el camión los dos miembros del Servicio Secreto y corrieron hasta llegar a la esquina por la que había desaparecido el otro vehículo.

—¡Todo inútil!

Se detuvo el comandante, secándose el sudor que le corría por la frente.

—Aguarde, capitán. Es inútil que corramos. Telefonee a la policía dando las señas del automóvil. Que se movilicen los autos patrulla y traten de localizarlo, aunque temo que será inútil…

—No hay que desesperar, señor.

—Yo vuelvo al lugar donde ha caído Frank Holt, aunque tengo el convencimiento de que lo han matado instantáneamente.

—Eso creo. La ráfaga le alcanzó a la altura del corazón y la muerte debió ser instantánea.

Separáronse los dos hombres y mientras Ernie *Short* se ponía en comunicación con la Policía, el comandante Thorpe volvía al lugar donde se había producido el atentado.

Como había imaginado, Frank Holt había muerto instantáneamente. Los disparos criminales habían sido hechos por una mano experta.

Cuando dos horas más tarde se volvieron a reunir el comandante Thorpe y *Short* en las oficinas de la «Thompson y Andrews, Exportación», sus rostros reflejaban idéntico desaliento.

—¿Algo de interés, capitán?

—Muy poco, señor.

—Siéntese. Debe estar usted cansado.

—En realidad, no he parado; pero estoy habituado a estar de pie y casi me molesta sentarme.

Miró de soslayo a Gladys que se hallaba sentada, tomando notas que le dictaba el comandante.

—¿Qué hay del coche?

—Apareció abandonado en medio de la calle, exactamente en este lugar.

Ernie *Short*, que se había mantenido de pie, señaló el lugar en un plano de la ciudad.

—Había en él abundantes manchas de sangre, lo cual nos ha hecho pensar que el herido no podía estar lejos y que la herida debió ser grave. La policía mantendrá vigilada estrechamente la zona y ha hecho y continúa haciendo investigaciones sin esquivar registros en lugares que se consideran sospechosos.

Aprobó el comandante con la cabeza y Ernie *Short* continuó:

—Se está pasando aviso a todos los médicos y practicantes por si alguno de ellos ha intervenido en una cura que pueda hacer pensar que es la del hombre que he herido.

—Bien. Aunque esta gente no suele recurrir a los médicos. En todo caso, suelen tener su propio médico que es un delincuente, igual que ellos.

—Así es, señor. Sin embargo, he creído prudente que se realizara tal gestión.

—¿Huellas en el automóvil?

—Si exceptúan las manchas de sangre, ninguna. He ordenado que se haga rápidamente un análisis de la sangre.

—Es una buena medida.

—En cuanto al automóvil, había sido robado de un garaje media hora antes de que se produjera el hecho, sin que su propietario lo advirtiese hasta dos horas después.

Sacó Ernie *Short* un bloc del bolsillo y dio el nombre del propietario del automóvil.

—Gente honorable, pero a la cual haremos bien en no perder de vista por el momento.

Sonrió imperceptiblemente Thorpe y animó al joven con la mirada, para que siguiese.

—En las investigaciones que se han realizado en los alrededores de donde el automóvil fue encontrado, así como en el lugar de donde fue robado, nadie ha visto nada, nadie sabe nada.

—Lo de siempre.

—Así es, señor. Salvo raras excepciones, la gente no quiere colaborar con nosotros. Es posible que no hayan visto, pero es también posible que se alegren de nuestros fracasos y que teman a

las represalias.

—El miedo de la gente es uno de los mayores enemigos de la Ley —observó Thorpe.

—He investigado también acerca del camión y los hombres que iban en él. No he logrado nada. Ese camión pasa todos los días por ahí y a esa misma hora. Puede que los criminales hayan contado con ello. Los hombres tienen unos antecedentes limpios, no hay resquicio por donde meterse con ellos y tampoco lo he considerado conveniente.

—Me parece bien.

—Les he pagado el importe de la reparación de la rueda estropeada.

—Pase luego por caja y se le abonará. Y si no, ahora se encargará el teniente Neuman de traerle el dinero. ¿Tiene justificante?

Sacó *Short* una nota que entregó al comandante y éste se la pasó a Gladys, que se levantó dispuesta a traer el dinero al joven.

—No es necesario que vaya ahora, teniente Neuman. Cuando terminemos, le acompañará y así irá conociendo nuestras dependencias.

—Como desee, señor.

—¿Alguna cosa más, capitán *Short*?

Ernie repasó su bloc de notas y respondió:

—Nada más, señor.

—No está mal para dos horas. Son las cuatro de la tarde. ¿Ha comido?

—No señor. Ahora tomaré un bocadillo y un vaso de cerveza. Como usted ha vuelto al lugar donde se produjo el atentado, yo no he querido tocar aquello.

—Yo, allí, he tenido menos suerte que usted. He interrogado a varios compañeros, a conserjes y porteros, pero tampoco nadie sabe nada. Y si alguien sabe, se lo calla.

Tras una breve pausa, continuó el comandante:

—Los métodos ortodoxos tienen sus fallos también, pero…

Dejó la frase sin terminar para continuar diciendo:

—Continuaremos vigilando aquellas personas que puedan resultarnos sospechosas, especialmente, a las que gasten por encima de sus posibilidades económicas conocidas.

—¿Sería difícil que ocupase yo por el momento el lugar que ocupaba el señor Frank Holt?

—¿Difícil? No lo creo. Pero ¿por qué desea ir allí?

—Si él ha visto, yo también puedo ver.

—¿Se da usted cuenta el riesgo que significa ir allí? Y si huelen que pertenece usted a nuestro servicio, no espere compasión.

—Soy soldado, señor, y para los soldados se han hecho los sitios de peligro.

—¿Le conoce a usted alguien en Tokio?

—Lo ignoro. Pero no me preocupa. Puedo ser un inválido de Corea y si alguien me conoce, no se extrañará que haya buscado ese destino.

El comandante Thorpe reflexionó unos instantes para responder al fin:

—Pensaré eso y ya le comunicaré lo que se decida. Hay cosas que están por encima de mí.

—Sí, señor.

—Pues nada más por el momento, capitán, puede retirarse. Si se produce algún resultado positivo, le pondré al corriente de ello.

—Gracias, señor. Si me permite…

—Diga, capitán.

—Hasta ahora he caminado poco menos que a ciegas. En realidad, para llevar a cabo mi trabajo, no he necesitado saber más de lo que sabía. Pero si he de continuar adelante…

—Sí. Deberá continuar. Ahora le explicaré, a grandes rasgos, lo que hay; y mañana, el teniente Neuman pondrá a su disposición todo el material que tenemos sobre este caso. No es mucho, pero bueno es que lo conozca.

—Gracias, señor.

—Es necesario que le diga que continuamente se están experimentando armamentos nuevos.

—Sí, señor.

—Se experimentan allá donde surgen conflictos, puesto que han sido probados en los polígonos de tiro, etcétera. Pero se necesita saber su poder real de destrucción, experimentar el resultado práctico en una lucha.

—Comprendo.

—Corea, Taiwan y otros lugares que no es necesario nombrar,

han servido para hacer experimentos de ese tipo. Pues bien, han desaparecido informes sobre los resultados de tales pruebas. O, sin desaparecer los informes, han llegado copias de los mismos a potencias extrañas.

—He trabajado ya en algún caso de éstos.

—Pero no ha parado ahí la cosa. Han desaparecido cohetes que se han traído para experimentar e incluso modelos de aviones, verdaderos prototipos. Y comprenderá usted, capitán, que un avión no se mete en un bolsillo, aún tratándose de un «Douglas X-3», cuya envergadura es de 6,91 y su altura de 3,81.

—Pienso lo mismo, señor.

—Se han tomado toda clase de medidas, vigilando las embajadas de los países donde se sabe que han llegado tales informes; pero no hemos logrado nada. En más de una ocasión he pensado que debíamos dejar de lado los métodos ortodoxos de investigación y en realidad, se ha llegado a hacer, pero tampoco hemos logrado nada.

Era una concesión mayor de la que *Short* esperaba, después de la mordacidad que el comandante Thorpe había empleado con él cuando se había presentado.

—En el caso del capitán River, ¿se ha investigado a fondo en sus amistades, particularmente, en sus amistades femeninas?

El rostro del comandante Thorpe se ensombreció levemente.

—Sí. Aquí se le quería.

—No es que yo pretenda que River sea culpable. Por el contrario, aunque no le conozco, me agradaría poder demostrar su inocencia. Por lo que les he oído a ustedes, le considero más bien víctima de una bien urdida confabulación de la cual hubiéramos podido ser víctimas cualquiera de los que estamos en torno.

Las facciones de Gladys Neuman, que hasta entonces había mantenido una fría hostilidad con relación a *Short*, parecieron humanizarse, detalle que no pasó desapercibido al capitán.

—Vaya y descanse, capitán. Es inútil que le recomiende la conveniencia de conocer lo mejor posible la ciudad, puesto que sus actividades se han de desenvolver en ella. El sargento Wellesley, cualquiera de sus otros compañeros, le acompañarán con agrado cuando tengan ratos libres.

—Gracias, señor. Me aprovecharé de esa amabilidad de ellos.

Se inclinó ligeramente *Short* ante el comandante y repitió la

inclinación ante Gladys.

Destellaron de indignación los ojos de la bella joven, volviendo a su fría hostilidad, respondiendo:

—Cuando usted guste, capitán.

Recalcó bien la palabra que indicaba la graduación de *Short*, como si quisiera interponerla entre los dos.

Al llegar ante la puerta, como había hecho anteriormente, Gladys cedió el paso a *Short*, pero éste no admitió pasar delante:

—Por favor, señorita Neuman —expresó inclinándose levemente, dibujando en su rostro una sonrisa inocente.

Salió Gladys y la siguió *Short*, quien se volvió para cerrar la puerta.

—¡Capitán *Short*! Aunque es usted mi superior, le ruego que no olvide que soy la teniente Neuman.

—Desde que me enteré, que no lo he olvidado un solo instante.

—Sin embargo, no lo demuestra en el trato. ¿Es que olvida el respeto a los que no somos sus superiores?

—En absoluto. ¿Es una falta de respeto llamarle señorita?

—Pero es que aquí soy teniente.

—Pero no deja de ser señorita. Si alguna vez le falto al respeto, la autorizaré por escrito a que me de un tiro o bien hace usted un parte, que yo mismo me encargaré de darle curso.

—Gracias —respondió Gladys, secamente—. Vamos.

—Con mucho gusto. Y entre compañeros, teniente Neuman. ¿Tiene inconveniente en ser usted uno de los que me acompañen por Tokio?

—Sí. No iría con usted hasta la acera de enfrente, fuera del servicio, naturalmente.

—No es usted un buen compañero. Espero que el teniente Bridge sea más complaciente que usted.

—Es muy posible.

Llegaron hasta una pequeña oficina donde Gladys presentó a Ernie, entregando el justificante del dinero que debían reembolsar al joven.

Una vez fuera de la oficina, antes de separarse, preguntó Ernie:

—Decididamente, teniente Neuman, ¿no me acompañará?

—No.

—Como quiera. Con mis antecedentes, se comporta usted como

un mal compañero al abandonarme en medio de esta inmensa ciudad donde hombres de más valía que yo han sido tragados por la vorágine…

Lo dijo en tono de broma, que irritó a Gladys.

—No tiene derecho a burlarse, capitán.

—No me burlo. Se convencerá que soy de los que actúan en serio en la vida, aunque me agrade sonreír, ¡qué carape! ¿Es que usted no sonríe nunca?

—Eso es cosa mía, capitán.

—Está bien, teniente. Le deseo mucha suerte.

—Es posible que la necesite usted más que yo.

—La he tenido siempre y no creo que ahora me vuelva la espalda. Fíjese si confío en mi buena estrella, señorita Neuman, que hasta espero que usted llegará a quererme; aunque no quisiera que por decirle esto aquí, lo considerase como una falta de respeto.

Gladys consideró que no debía responder y *Short* continuó:

—Y ahora, buenas tardes, teniente. Pensaba convencer al teniente Bridge para que me acompañase, pera imagino que debe tener mucho trabajo. Y, por otra parte, Tokio tiene un misterioso atractivo que me agradará conocer por mí mismo.

Y sin aguardar respuesta, se alejó a grandes zancadas, respondiendo con una leve inclinación al saludo del sargento Wellesley, situado en su puesto habitual de cerca de la entrada.

* * *

Una vez en la calle, sintió Ernie *Short,* vivos deseos de alejarse del edificio donde se hallaban las oficinas de «Thompson y Andrews, Exportación», de sustraerse a una posible vigilancia que se podría ejercer sobre él y de dos saltos cruzó a la otra parte de la calle, caminando luego rápidamente hasta llegar a una plaza cercana.

Con su forma de producirse adquirió la casi seguridad de que no le seguía nadie y detuvo un automóvil de alquiler que circulaba libre.

—¿Adónde, señor?

—A un lugar típico, donde se pueda comer y beber algo que le devuelva a uno las fuerzas.

Sonrió el hombre y puso el automóvil en marcha, avanzando sin prisa alguna, para señalar de tanto en tanto, en un inglés bastante correcto, los lugares por donde iban pasando.

Marcharon así cerca de media hora, al cabo de la cual, detuvo el automóvil ante un restaurante.

—Ahí tiene comidas al gusto del país y al gusto americano.

—Perfectamente. Gracias.

Abonó al hombre lo que señalaba el taxímetro, añadió una buena propina y penetró en el restaurante, yendo a sentarse en la barra americana del mismo.

Y no había terminado con su segundo bocadillo y la primera jarra de cerveza, cuando percibió cerca de él un gracioso taconeo producido por una mujer al andar, taconeo que se detuvo poco antes de llegar a él.

No quiso volverse a mirar, pero advirtió que una mujer había ocupado una banqueta cerca de la suya, dejando otra en medio. Y a poco, se sintió envuelto en una ola de exquisito perfume.

Experimentó tentaciones de volverse, pero resistió y continuó bebiendo y comiendo tranquilamente, mintiendo nacer en él una instintiva desconfianza ante el hecho de que una mujer, que indudablemente debía ser extremadamente atractiva, llegase junto a él.

Llegó a pensar en si el comandante Thorpe le sometía a una prueba, idea que rechazó rápidamente.

«¿Quién, si no?», pensó.

Y a continuación se rió de sí mismo.

«Temo que me estoy volviendo tonto de remate. Y son el cansancio y las prevenciones del comandante las que me han llevado a este resultado».

Se decidió entonces a volverse para contemplar a la mujer y coincidió con un movimiento similar de ella.

Y ambas personas se miraron con expresión de sorpresa y alegría a la vez.

—¡Patsy Shelly! ¿Qué haces tú en Tokio?

—Trabajar. No poseo otros bienes que mi capacidad de trabajo y debo aprovecharlos —respondió la joven con expresión un tanto burlona—. Y tú, ¿qué haces aquí?

Iba a responder *Short* que había sido destinado allí, pero una

instintiva precaución, latente en él, le hizo contenerse.

—Todavía, nada. Quisiera encontrar un hueco donde meter la cabeza.

Lo dijo con expresión que reflejaba profunda tristeza y que hubiese engañado a quien no hubiese sido Patsy Shelly.

—¿Y el ejército? —preguntó Patsy, con expresión inocente—. Recuerdo que llevabas una brillante carrera.

—Sí; pero he sufrido una mutilación que me ha obligado a frenar. Y ahora debo trabajar. Me han prometido cosas, no dudo que vendrá alguna. Menos mal que tengo mi paga y algunos bienes…

—Lo siento, Ernie. Supe que estabas en Corea…

—Fue precisamente allí, hace escasamente un año. En uno de los últimos combates en que tomé parte.

—Se quebró tu buena estrella. ¿Quién lo iba a imaginar?

—¡Bien! ¿Quién recuerda lo de mi buena estrella?

Contempló Ernie a la joven Patsy con expresión de agrado.

—¡Estás hecha una magnífica mujer, Patsy!

—¡Por favor, Ernie! Si nunca me has hecho caso. Siempre te parecí algo insignificante.

—No lo creas. Además, los tiempos cambian y nosotros también.

Patsy Shelly era una mujer bellísima, morena, con ojos negros de mirada profunda; hija de inglés y de una bella napolitana, poseía una figura estilizada, grácil, de movimientos reposados y cadenciosos como los de una bayadera, y de toda su persona emanaba un encanto al que era difícil sustraerse.

—¿Quieres decir que estás dispuesto a casarte conmigo? —preguntó la bella con expresión donde campeaban la picardía y la incredulidad.

—¿Y por qué no?

—¡Oh, mi buen Ernie, cuánto has debido cambiar! He oído decir que el dolor físico transforma a las personas.

—Todo nos transforma. El dolor físico, el moral, la abundancia o la miseria… En un gran porcentaje, somos producto del ambiente.

—Antes no hablabas así…

Le resultaba difícil a Ernie saber si Patsy hablaba en broma o en serio y prefirió variar la conversación, enterarse, saber… Hacía mucho tiempo que no sabía de ella, tal vez cuatro años o más,

cuando realmente no se la podía considerar demasiado en serio, aun como mujer.

—¿Dónde trabajas? Digo, si no tienes inconveniente en decirlo. No quisiera ser indiscreto.

Al hablar, saltó Ernie de su banqueta y cojeando ligeramente, ocupó la que se hallaba libre y había quedado entre los dos.

Recibió la sensación de que Patsy se daba cuenta del detalle, porque sus ojos expresaron una cierta conmiseración que estuvo a punto de hacer reír al oficial.

—¿Y por qué había de tener inconveniente en decírtelo? Soy libre por completo, aunque ya tengo edad para estar casada. Pero no sé qué os pasa a los hombres… Trabajo en la Comisión de Ayuda, en la sección de armamentos. ¿Te sirvo para algo allí?

—No. Más bien me podrías servir fuera de allí —bromeó *Short*.

—En serio, Ernie.

—Y yo también te lo digo en serio —respondió él.

—Explícate.

—Sí, como supongo, estás bien relacionada, podrías ayudarme a encontrar una buena colocación.

—¿Por ejemplo, en la Comisión de Ayuda?

Ernie *Short* había comenzado a pensar hacía unos instantes que la presencia de Patsy Shelly a su lado no era casual y fingió cierta desgana.

—La verdad es, querida Patsy, que me agradaría un empleo que no fuese en un lugar de tipo oficial. En la cosa particular disfruta uno de mayor libertad.

—Tengo buenos amigos, Ernie, que continuamente se me ofrecen. Pero ya conoces tú a la gente. Se te ofrecen cuando imaginan que no los necesitas; pero cuando tratas de hacer uso de sus ofrecimientos, entonces no quieren saber nada.

—Bien. No te preocupes por mí, Patsy. Mi buena estrella se apagó y temo que es inútil ir contra ello. Bríndame tu amistad, ello me hará bien.

Patsy Shelly dio la sensación de hallarse realmente emocionada y respondió:

—Mi amistad la tienes de siempre. No me importa que tu buena estrella se haya apagado. Aunque me llames egoísta, debo decirte que me alegra si ello contribuye a mantenerte a mi lado.

Su voz se iba tornando ronca a medida que hablaba, percibiéndose en ella, vibraciones emocionales que parecían tener un eco en la expresión de su mirada.

La mano diestra de Ernie *Short* se tendió en dirección a Patsy.

—¿Amigos, entonces?

—No debes dudarlo un momento.

Lo dijo con voz susurrante al tiempo que cogía con sus manos pequeñas y bien cuidadas, la mano recia de él, llevándosela a la cara, acariciándose las mejillas con ella.

Besó Patsy la mano del hombre y dijo a continuación:

—¿Qué decides? ¿Quieres trabajar a mi lado en la Comisión de Ayuda?

—¿Una cosa de tipo oficial? Me contraría bastante…

—¿Por qué? Puedes trabajar en plan eventual. ¿Qué te agrada? Se hacen gestiones para que te quedes de plantilla. ¿Que no te agrada? Cuando te canses, te marchas y a otra cosa.

—¿Crees tú que me admitirán? —preguntó, fingiendo cierto leve temor.

—¿Y por qué no, si hablo yo por ti? Mis jefes me aprecian bastante.

—Bien, Patsy, no te lo quería decir. Hace algún tiempo me vi envuelto en algo…

Dejó la frase en el aire, a la comprensión de Patsy, que respondió:

—¿Tú, metido en algo poco honorable? ¡No puedo creerlo!

—No tuve nada que ver con ello y la prueba es que luego se me sobreseyó el expediente. Pero siempre queda la duda, ya lo sabes.

—No te preocupes. Oficialmente no constará nada…

—Nada.

—Lo que puede venir extraoficialmente en ese sentido, soy yo lo bastante para neutralizarlo. ¿Aceptas?

—No quiero desairarte. Pero no te hagas demasiadas ilusiones de que esté mucho tiempo. Me he hecho un poco raro…

—¡Oh, querido! ¡Me agradará tanto trabajar a tu lado!

Y Patsy Shelly volvió a tomar la mano del hombre, acariciándose con ella sus mejillas.

CAPÍTULO III

Ernie *Short* y Patsy Shelly hubieron de separarse aquella tarde durante un corto espacio de tiempo, para luego volver a reunirse.

Cenaron juntos y acudieron luego a un *nigth-club*, donde bailaron, bebieron y charlaron animadamente, recordando tiempos que en su juventud, consideraban ya lejanos, tiempos en los que, según ambos, habían vivido con ilusión que comenzaba a marchitarse.

—Hoy, al encontrarte, parece que he rejuvenecido y hasta creo que me siento mejor —suspiró Patsy mirándolo con expresión apasionada.

—Gracias, Patsy. Yo no sé qué decirte. Como podrás observar, he variado mucho. En otra ocasión hubiese tenido mil frases para agradecerte lo que has dicho para corresponder a tu bondad para conmigo.

—No te hagas el vencido, porque no lo estás. Bastará un poco de tu voluntad, de esa voluntad que en otro tiempo resultaba indomable, para que vuelvas a encontrarte. ¡No quiero verte vencido! —susurró Patsy.

Calló la joven y permaneció silencioso Ernie *Short* tratando de adivinar hasta qué punto era ella sincera y dónde comenzaba la ficción.

Pero semejantes pensamientos quedaron borrados instintivamente al divisar Ernie a Gladys Neuman, elegantemente vestida, bailando con un joven japonés, delgado, elegante, de elevada estatura y maneras distinguidas.

Estaba el joven capitán de espaldas a la pista y sin embargo, había recibido la sensación de que alguien le miraba fijamente, pero no con afecto.

Mas, por pronto que se había vuelto, ya la mirada de Gladys se había desviado, pretendiendo dar la sensación de que no había advertido su presencia.

Advirtió Patsy Shelly algo de lo que sucedía y preguntó:

—¿La conoces?

—¿A quién te refieres?

—A nuestra compatriota Gladys Neuman.

—Sí, la conozco. De nada agradable por cierto. Creo que pertenece al Cuerpo Auxiliar Femenino, creo que estuvo encargada de vigilarme y sus informes parece que no me hicieron ningún bien.

—No me extraña. Es una fracasada, se siente despechada… Últimamente ha tenido un terrible fracaso.

Ernie *Short* se encogió de hombros, dando la sensación de que no le preocupaba en absoluto que Gladys Neuman pudiese haber fracasado.

Pero ante aquella falta de interés, sintió Patsy más deseos de hablar, de poner en evidencia a la linda joven.

—Salía bastante con el capitán River. No sé si llegó a estar prometida con él.

—¿Quién es el capitán River?

—¿No lo sabes? Lo van a ejecutar por algo en que ha intervenido el espionaje. Estaba en la Comisión de Ayuda, éramos compañeros.

—¡Ya!

No quería demostrar interés, sabiendo que era el mejor medio para que Patsy hablase. Y ante la indiferencia aparente de Ernie, añadió Patsy, insidiosa:

—No me extrañaría que anduviese con él en plan de sonsacarle y que haya sido ella la principal causa de la perdición de él.

Ernie llegó a experimentar náuseas ante la insidia. No se le había ocurrido jamás que podía llegar a sentir deseos de golpear a una mujer, pero en aquella ocasión los experimentó.

Gladys Neuman pasó a poco cerca de ellos, bailando con su pareja, desviando la mirada cuando pudo haberse encontrado con la de Ernie *Short*.

—¿Crees que puede estar actuando en algún servicio especial?

—Estoy convencida de ello. Es lo más a gusto que puede realizar. ¡Pobre joven el que baila con ella!

—¿Crees que es algún…?

—No lo conozco, pero ella siempre cumple algún objetivo cuando va con alguien. No siente la amistad ni el cariño… Estas orientales son desconcertantes, no llegaremos a comprenderlas jamás…

—¿No dices que es compatriota nuestra?

—Sí, a medias. Su padre era militar y se casó aquí, en Japón, estando destinado a nuestra Embajada. O conoció a la madre que estudiaba en San Francisco, no te lo podría asegurar. Pero ella ha vivido mucho tiempo aquí, puede decirse que pasó a los Estados Unidos poco antes de lo de Pearl Harbour, tuvo esa suerte.

—¿Por qué suerte?

—Porque así ha resuelto su vida al lado de los vencedores… La madre de ella había muerto poco antes de Pearl Harbour y fue el motivo de que su padre regresase a los Estados Unidos…

—¡Vaya! Parece que sabes bastante de ella.

—Pues sí. Aquí terminamos por conocemos todos. Además, como River era compañero mío y salía con ella, los vi juntos en más de una ocasión. Pero no creas, ella no parecía enamorada, aunque River es un hombre sumamente atractivo.

Volvía Ernie *Short* a experimentar una profunda repulsión por su compañera, pese a su indudable belleza, a su extraordinario atractivo.

Y hubo de realizar un esfuerzo para dominarse y seguir adelante en aquella especie de duelo que se había iniciado entre los dos, incruento en sus principios, pero que podía tener consecuencias fatales para uno de ellos.

Fingió Ernie un sobresalto repentino y preguntó:

—¿No estará aquí por vigilarme a mí?

—No lo creo. ¿Por qué?

—No lo sé. Llegué a Tokio anoche y solo; y sin embargo, he recibido la sensación de que no he permanecido sólo ni un momento. Es como si una mirada me hubiese seguido implacablemente desde entonces…

Lo expresó con inquietante seriedad y Patsy se rió de manera forzada.

—¡Malo, amigo mío! Eso quiere decir que no tienes la conciencia demasiado tranquila.

—No lo creas. No he hecho nada que no deba hacer.

Cambió de tono de voz y expresó lentamente:

—Me agradaría saber si me ha seguido, si está aquí por mí. A lo mejor ese joven es una pantalla o un compañero.

—Temo que has perdido la ecuanimidad, mi buen Ernie. Ese joven es nipón, no creo que tengamos nipones trabajando en nuestros servicios especiales.

—¿Y si fuese tan nipón como ella misma?

—Ahí me haces callar. Pero si es eso lo que te preocupa, yo lo averiguaré pronto.

—¿Cómo?

—He visto que él ha saludado a alguien con quien tiene buena amistad. Iré y le preguntaré. No temas. Tengo confianza para ello y lo haré como cosa mía, como si ese joven me interesase.

—Haz lo que gustes.

Se separó Patsy de Ernie, el cual la vio alejarse moviendo graciosamente sus caderas, atrayendo miradas de deseo y de admiración de los hombres y de celos y envidia por parte de las mujeres.

Al llegar a una determinada mesa donde se hallaban dos señores, se dirigió a uno de ellos. Y a poco, el acompañante de Gladys era llamado a la mesa.

Vio cómo se llevaba a cabo la presentación del joven nipón a Patsy y que ésta envolvía al acompañante de Gladys en su conversación.

Y Ernie no pudo resistir a la tentación de reunirse con Gladys, que había quedado sola en su mesa, vuelta de espaldas a él de forma un tanto afectada.

Se acercó normalmente a pesar de lo cual la joven experimentó cierto sobresalto al escuchar la voz de él que la saludaba.

—Buenas noches, señorita Neuman.

—Buenas noches, señor *Short*.

—Siento molestarla. Sí, no es necesario que jure que mi presencia le es desagradable. ¿Prefiere que me siente y charlemos, o prefiere que bailemos?

—¿Habla a la señorita Neuman?

—No —respondió Ernie.

—Entonces, haga lo que le plazca.

Y añadió de forma que únicamente él podía escuchar:

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Gracias. Prefiero que bailemos. Siempre será más fácil eludir a cualquier curioso.

—Como usted quiera.

La orquesta había iniciado un bailable y la joven se levantó, aunque se advertía en ella no poca rigidez y desgana.

Por su parte, Ernie *Short* la enlazó por el talle, aunque la mantuvo a bastante distancia de su cuerpo, iniciando así el baile. Era un consumado bailarín que llevó a su pareja hábilmente hasta situarse en un lugar donde podían hablar sin que nadie les escuchase.

—¿Me atiende?

—Soy toda oídos.

—De no recibir contraorden, entraré a trabajar en la Comisión de Ayuda. Entrando en plan de eventual y en forma no oficial, será mejor, por tanto, que no se influya para admitirme allí.

—Entiendo.

—En Corea estuve sometido a un expediente que se me sobreseyó. Quedé libre de toda acusación, aunque siempre ha quedado sobre mí la sombra de la duda. Eso debe obstaculizar mi entrada, si bien, al final, se me debe admitir.

—Lo transmitiré así.

—Nuestra «enemistad» data de la época de lo de Corea. Usted estuvo encargada de vigilarme.

—¿Qué lío ha armado usted?

—Teniente Neuman. No olvide que le está hablando un superior.

Gladys no tuvo más remedio que reírse ante el humor de que Ernie *Short* daba muestras dentro de la seriedad del asunto en que trabajaba.

—Mi acompañante es una vieja amistad.

—La conozco —expresó Gladys con cierta sequedad.

—No creo en su sinceridad, pero por el momento me he dejado engañar y he urdido la serie de embustes que he estimado necesarios.

Brevemente relató *Short* a Gladys todo lo que se refería a su ficticio pasado y a los propósitos de Patsy de colocarlo en la Comisión de Ayuda, a su lado.

—Ella sabe, o sospecha al menos, que usted trabaja en nuestro servicio.

—¡Ya!

—Ignoro hasta qué punto ha creído mi historia y ni siquiera si ha creído algo de ella; pero debo continuar adelante.

—¿Alguna cosa más, señor?

—¿Conoce a los dos señores con los que se han sentado ella y su acompañante?

—No.

—Convendrá que se entere quiénes son y por el momento, no debe olvidarlos. Puede resultar interesante investigar en sus vidas.

—Sí, señor.

Se mantenía Gladys en plano de guardar la diferencia de jerarquía, cosa que resultaba poco agradable para *Short* quien, en un momento, sintió deseo de lastimarla.

—Ella me ha informado que usted salía con el capitán River. Dice que posiblemente era su prometida.

—¿Habla al teniente Neuman? —preguntó Gladys con tono impertinente.

—No.

—Entonces, es mejor que no se meta en mi vida privada.

—Es cierto. Perdone.

El bailable tocaba a su fin y Ernie, con habilidad de consumado bailarín, sorteando a las otras parejas, sin dejar de danzar, condujo a Gladys hasta cerca de su mesa.

—Muchas gracias.

Terminaba el bailable y la soltó, inclinándose ligeramente ante ella.

—A sus órdenes, señor.

—Dígame una cosa, teniente. ¿Es necesario que vaya a dormir a nuestro alojamiento?

—Lo ignoro, señor. Aunque no creo que sea una obligación.

—Gracias.

Volvió a inclinarse y antes de que Gladys tomase asiento, le dijo:

—Baila usted maravillosamente, teniente. He tenido un verdadero placer en experimentarlo.

—¿Busca usted algún cumplimiento similar, señor? Porque no estoy dispuesta a hacerlo.

—¡Oh, no se preocupe! Buenas noches.

Había advertido que Patsy volvía a su mesa y se dispuso a regresar para reunirse con la joven. En cuanto al acompañante de Gladys, volvía también al lado de la atractiva joven.

—¿Qué hay de nuevo? —inquirió Ernie.

—Ese joven es nipón, primo hermano de ella, hijo de un hermano de su madre. Familia honorable, sin ningún lugar a dudas.

Le extrañó no poco a Ernie que no hubiese malevolencia alguna en las palabras de Patsy, que preguntó a continuación:

—¿Qué hay de la linda Gladys? Ya he observado que os entendéis perfectamente.

—No me fiaría de ti como observadora.

—Eres un ingenuo, mi buen Ernie; en los momentos en que tú, por cualquier circunstancia, no la mirabas, la expresión de ella variaba bastante y desaparecía su fría hostilidad, una fría hostilidad que no es más que apariencia.

—No lo comprendo… —murmuró él, dando la sensación de que se hallaba confundido.

—Pues ya tienes años y experiencia suficiente para comprendemos —expresó Patsy.

—Es imposible. Apenas si habíamos hablado una vez y supongo que ha salido a bailar conmigo por no desairarme.

—¡Bien! Piensa lo que quieras. Así pues, ¿no has logrado enternecerla?

—Ha sido una conversación difícil, Patsy. No sé si he logrado enternecerla, aunque ella me ha prometido que no hablará con nadie de lo mío.

—Pero te habrá negado su feo papel en aquella ocasión.

—No he abordado ese tema. Resultaba impolítico teniendo en cuenta que iba a pedirle un favor.

—¡Te desconozco, Ernie *Short*!

El joven movió la cabeza en sentido negativo, con aire apesadumbrado que llegó a impresionar a Patsy.

—Ya te he dicho que una serie de circunstancias me han hecho variar mucho. Es mejor que te alejes de mí, Patsy. No quisiera que te vieses envuelta por mi mala estrella.

—No temo a tu mala estrella. Tengo la confianza de que mi suerte mejorará contigo. Dos fuerzas negativas, unidas, pueden

neutralizarse como tales fuerzas negativas y dar como resultado una fuerza positiva —dijo Patsy, mostrando cierto humor.

—Si tomas las cosas así, no tendré más remedio que someterme. No quiero que puedas decir de mí que cierro todo camino a mi rehabilitación. Tal vez sea hora de que rompa mi aislamiento y vuelva a tratar a la gente como antes. Tal vez ello me devuelva la confianza en mí mismo y contribuya a darme la seguridad que ahora me falta.

—¡Naturalmente que sí! ¿Quieres que bailemos?

—No deseo otra cosa.

—Me agrada bailar contigo. Bailas maravillosamente.

—Gracias.

—¿No te lo ha dicho ella? —preguntó Patsy, aludiendo a Gladys.

—No. Tú misma has advertido que se ha producido conmigo de una forma desabrida.

Patsy, que se había puesto en pie dispuesta a bailar, reflejando el aborrecimiento que sentía contra Gladys, dijo:

—No comprendo cómo has podido humillarte hasta llegar a pedirle algo.

—Necesito tranquilidad y ella podría fastidiarme.

—No temas. Yo tengo buenos amigos que te protegerán. Ya te he dicho que aun cuando lleguen informes de tu tropiezo en Corea, soy yo lo bastante para neutralizarlos y que puedas ocupar el puesto que te reservo en la Comisión de Ayuda.

—¿Se necesita realmente gente allí?

El rostro de Patsy reflejó cierta tristeza.

—Desgraciadamente, hemos tenido hoy una baja. Han matado a un pobre señor. Un funcionario civil.

—Pero ¿por causas del servicio?

—¿Y quién lo sabe? Ha sido a la hora de salir del trabajo. Yo no estaba presente, pero me lo han referido luego.

—¡Cáspita! ¿Sabes que me haces dudar? Primero tenemos al capitán River, al cual van a ejecutar. Hoy tenemos el asesinato de este funcionario… La verdad es que no invita a ir allí.

—¡Bah! Nunca has tenido miedo y no veo por qué lo has de tener ahora. Por otra parte, tú no te has de meter en nada…

—Hay ocasiones en que uno no se mete en nada, pero los demás se empeñan en meterlo.

—Te garantizo que no sucederá nada de eso.

Ernie *Short* había llevado su resistencia al empleo a un límite que consideró justo. No deseaba resultar sospechoso si aceptaba la propuesta enseguida; y tampoco quiso que pudiera sospechar por lo contrario.

Inició la orquesta el bailable. Y el oficial enlazó a Patsy por la cintura; pero contra lo que había hecho con Gladys, la ciñó hasta sentir el suave calorcillo que se desprendía de su cuerpo.

—Teniéndote cerca se olvida todo, la vida adquiere un nuevo atractivo, se experimentan verdaderos deseos de vivir para poder ofrecer esa vida…

Se soltó Patsy de la mano izquierda y amenazó a Ernie con el índice, que esgrimió en cómica amenaza:

—Cuidadito, amigo. Puedo tomarte la palabra y no podrás retroceder. Eso constituye casi una petición de matrimonio y ya antes me has hecho otra. Y puedo tomarte la palabra…

—Serías tú la que saldría perdiendo y yo quien ganaría inmensamente.

Lo dijo con expresión acariciadora a tiempo que la ceñía aún más y la miraba a los ojos con expresión apasionada.

Patsy Shelly experimentó una leve sacudida y se dejó llevar.

En aquel momento hubiese deseado que las cosas se produjesen de otra manera a como se producían; le hubiese agradado poder volverse atrás en la senda que había emprendido.

Ernie *Short* parecía desentendido de todo lo que no fuese ella y se sintió feliz en parte.

Percibió Patsy la sensación de que alguien la miraba de forma escrutadora y se volvió rápidamente, encontrándose su mirada con la de Gladys Neuman quien, lejos de retirarla, la mantuvo de forma desafiadora.

El audaz oficial se daba cuenta de todo, pero fingía vivir en un mundo aparte; y murmuró al oído de Patsy:

—¿Te han dicho alguna vez que resultas peligrosamente sugestiva?

CAPÍTULO IV

Habían transcurrido veinte días desde la llegada de Ernie *Short* a Tokio y hacía dos semanas que había entrado a trabajar en la Comisión de Ayuda, en la sección de armamentos, al lado de Patsy, en el lugar que anteriormente había trabajado el capitán River.

Con ello estaba cerca de Patsy Shelly, quien lo iba imponiendo de las peculiaridades de su trabajo.

—Ignoro —le dijo ella, al cabo de las dos semanas— si ha llegado aquí algún informe desfavorable con respecto a ti. Si ha llegado, mis jefes no me han dicho nada.

—Puede que Gladys Neuman haya callado.

—No puedo fiarme de ella. Tengo el convencimiento de que fue quien hundió al pobre capitán River. ¿La has vuelto a ver?

—La he visto de lejos en una ocasión.

—¡Espero en que no le habrá dado por seguirte! —exclamó Patsy, fingiendo sobresalto.

—Es cosa esa que me tiene completamente sin cuidado.

Y ante la mirada de asombro que le dirigió la joven, añadió en tono de profundo convencimiento, llevando adelante su comedia:

—Tenías razón, mi linda Patsy. Me voy sintiendo seguro, voy volviendo a ser el que era.

—Yo no estaría tan tranquila como estás tú —arguyo Patsy.

—¿Por qué? Lo de Corea pasó y no es posible que vuelva a darse.

—¿Quién sabe?

Hizo la joven la pregunta con expresión sibilina, profética y añadió con expresión enigmática:

—¿Acaso delinquiste cuando el asunto de Corea?

—No.

—Y sin embargo, te viste envuelto en él.

—Pero aquello no puede volverse a dar si me mantengo en la línea que sigo ahora. Debo reconocer que mi vida de entonces no era demasiado edificante y que me juntaba con personas poco honorables.

—¿Y quién sabe dónde está el daño, Ernie? Según he oído decir a personas que están bien enteradas, el espionaje no suele ser ejercido por gente de baja condición social. Por más que tú debes saber bastante de tal cuestión.

—No lo creas. Sé lo que puede saber otro cualquiera.

—Los que realizan el espionaje se tienen que apoyar en muchas ocasiones en gente de baja condición social, pero es únicamente en determinados momentos.

—Si tú lo dices…

—¡Naturalmente! —exclamó Patsy un tanto excitada—. Debes contar con que la gente de los escalones bajos de la sociedad, carece de probabilidades para llegar a los lugares donde se hallan las cosas que pueden ser objeto del espionaje.

Advertía Ernie *Short* en Patsy propósitos de desorientarle, de confundirle, haciéndole experimentar al joven la sensación de que trataba de prepararlo gradualmente para algo fuera de lo normal, aunque Ernie no podía imaginar la naturaleza de la cosa.

—En parte, tienes razón —admitió Ernie—. Se han producido bastantes casos en tal sentido, casos que no vale la pena mencionar puesto que están en la mente de todos. Sorge, Klaus, los Rosemberg… Pero no debemos echar en saco roto casos como el de «Cicerón», un simple ayuda de cámara.

—Ése es un caso de excepción.

—Menos de lo que imaginas. Lo que sucede es que son los menos conocidos, pues ellos, aun descubriéndose las cosas, quedan relegados a un segundo término cuando no permanecen en la sombra.

Era entonces Ernie quien trataba de intrigar a Patsy, desconcertándola para obligarla a hablar en un duelo incruento, pero en el que no dejaba de rondar la muerte.

—¿Qué gente puede ser ésa? —preguntó Patsy intrigada.

—Gente que en razón de sus menesteres tienen acceso a lugares que les debieran estar vedados y que llegan a ellos por descuidos y

por una malentendida confianza.

—¡Bien! Creo que vas demasiado lejos —expuso Patsy, deseosa de que Ernie expusiese sus ideas.

—¿Demasiado lejos? Hay empleados subalternos, que a fuerza de años, meten la nariz en todos los sitios donde les importa y donde no les incumbe.

—Pero es gente que lleva años en un sitio y que se han ganado esa confianza con su conducta.

—¡Déjate de tonterías! Ellos de por sí, tal vez no lo harían, pero hay quien les puede tentar. Dinero, una mujer apetecida… ¡Deseamos tantas cosas en la vida que consideramos fuera de nuestro alcance! Y un día viene alguien y te dice al oído que no está tan fuera de tu alcance como imaginas…

Patsy tragó saliva, se sonrojó sin poder evitarlo y carraspeó para disimular su inquietud.

Y Ernie continuó:

—Imagínate nuestra Sección de Armamentos en la Comisión de Ayuda. Hay en ella cosas de interés indudable, ¿no es así?

—Exactamente.

—Yo he entrado en ella por ti. No se han exigido demasiados requisitos. ¿Y si yo traicionara la confianza que se ha puesto en mí?

—¡Pero tú no harás tal cosa! Yo lo sé y por eso he respondido de ti.

—¿Y qué sabes tú de mí? Son casi cinco años que no nos hemos visto y en ese tiempo suceden muchas cosas.

—A pesar de ello, sé que no me traicionarías.

—Bien. Me apartaré yo. Una simple mujer de la limpieza, capaz de arriesgarse, podría llegar a lugares de peligro para la seguridad de determinadas cosas.

—¡Por favor, Ernie! ¿Cómo puedes imaginar que una de esas pobres mujeres…?

—Sí, ya sé que todas no están en condiciones de abordar una cosa así; pero basta con que una se decida.

¿Imaginas que dos o tres de ellas, bien dirigidas, podrían sacar cosas de aquí?

—La verdad es que no puedo imaginarlo.

—Es cuestión de imaginación y yo he visto tanto en la vida que forzosamente la he de tener —expresó Ernie en tono burlón—. La

gente que se mueve en las alturas de los sucios negocios del espionaje es indudablemente hábil.

—Generalmente, sí. Hay que admitirlo.

—Pues imagínate que meten a tres, a cuatro de sus agentes femeninos aquí, como empleadas de limpieza…

—¡Oh! Si es así…

—O simplemente, ellas están de antes y ellos las convencen, las compran.

—Es muy peligroso.

—¡Qué duda cabe! Piensa incluso que cada una de ellas realiza una parte del asunto e ignora el alcance que puede tener.

—Si tanto lo perfilas.

—¿Crees que quien dirige una organización de espionaje no es capaz de algo así? Imagínate una llave que se olvida queriendo o sin querer. Mientras una saca un molde, otra vigila sin saber en realidad por qué vigila. Y la que saca el molde ignora de dónde es aquella llave.

—Admitido.

—Otra puede llegar a conocer la combinación secreta de una caja. Valiéndose de paciencia, de habilidad, de engaño, explotando sus encantos femeninos. Y ahora vuelvo a mencionarte el caso de «Cicerón». No necesitó de nadie. El logró la colocación, se ganó la confianza de su jefe, se hizo con la llave y comprendió el provecho que podía sacar de poseer la llave y la combinación de la caja.

—Sí. He de admitir todo eso. Entonces, Ernie, volvemos a lo mío. Motivos demás para que no te fíes en absoluto de Gladys Neuman.

—No veo por qué me ha de perseguir. Creo que podría temería en todo caso de que yo me metiese en algún asunto sucio.

—¿Qué fue lo de Corea? —preguntó inesperadamente Patsy.

Pero Ernie, bien preparado, no se desconcertó, respondiendo:

—No estoy demasiado enterado de ello. Te aseguro que fui totalmente ajeno a la cuestión. La cosa empezó por ventas de chatarra que no se debió haber vendido.

—Eso no es espionaje.

—Ya lo sé. Es simplemente robo. Luego se vendieron como chatarra aviones que estaban en buen uso, proyectiles de obús y de cañón con dispositivos nuevos, torpedos teledirigidos…

—¿Torpedos teledirigidos?

—Sí. ¿Lo ignorabas? Y se pasó a prototipos de aviones, de armas, de todo lo que se ponía al alcance de los espías…

—Comprendo tu miedo.

—Por eso no quería venir a trabajar aquí. En esta sección tenemos de todo eso.

—Tal vez eso tuyo tuviese ramificaciones con lo del capitán River.

—Lo ignoro por completo.

Patsy, después de pensarlo un rato, dijo:

—¿Ves? Yo creo en la inocencia de River.

—No tengo elementos de juicio suficientes para opinar. Ahora bien, después de lo que estuvo a punto de ocurrirme a mí, debo pensar que él es inocente y que alguien lo ha envuelto hábilmente.

—Esa Gladys…

—¿Crees que puede ser un agente doble? —inquirió Ernie.

—¿Te extrañaría? El odio entre americanos y japoneses, al menos por parte de ellos, está latente. Han sido vencidos, permanecemos aquí, no siempre les hemos sabido tratar… Y ella no puede olvidar que es japonesa. Se lleva muy bien con su primo.

—Pues… Allá ella. No quiero líos. Pero, ya que hemos hablado de todas estas cosas, ¿se sabe algo de las causas de la muerte del señor Frank Holt?

—No. No se dice nada. Se llevan las investigaciones en el mayor secreto.

—¿Crees que pueden haber intervenido las bandas de espionaje en la cuestión?

—¡Es tan difícil de saber! Él era un hombre de vida metódica, eso que llaman un funcionario modelo, un viejo solterón. Pero ¿alguien sabe si llevaba una vida doble?

—Puede ser eso. Puede ser también que el hombre trabajase para el Servicio Secreto y que molestase a alguien. Se dan casos.

—¿Le conocías bien?

—¡Todo lo que se puede conocer a un hombre que no seas tú! —expresó Patsy, acercándose mimosamente a Ernie, dando la sensación de que deseaba cortar la conversación.

—Te lo pregunto por si observaste en él algo raro.

—¡Caramba, Ernie! ¡Ni que pertenecieses a los servicios de

información! Hay que ver cómo preguntas.

—Eres tú la que has hecho interesarme en estas cosas. Piensa que yo he sido víctima ya una vez y no quisiera volver a serlo. Allí salí bien, pero aquí, a lo que he podido observar, cuesta la piel. Al capitán River lo fusilarán y en cuanto al señor Frank Holt, lo han dejado tendido en medio de la calle.

—Pues no sé qué decirte. Holt era un hombre raro, tímido, que no te miraba por no molestarte, aunque, algunas veces, cuando no se creía observado, bien que me miraba —expresó Patsy, con no poca picardía.

—Eso es comprensible. Estás como para sacar de quicio a cualquier hombre y no digamos si se trataba de un solterón que se va haciendo viejo y que por su misma timidez siente cerrado el acceso al amor.

—Pero yendo a lo que tanto te interesa…

—¡Oh! No creas qué me interesa tanto —protestó Ernie.

—Bien. Te diré que en los últimos días parecía asustado, su mirada se había hecho recelosa y hasta había dejado de mirarme con ese interés de que te hablaba antes…

Rió la joven y Ernie consideró que debía dar por terminada la conversación, dirigiéndola a partir de entonces por otros derroteros más frívolos y más íntimos a la vez.

* * *

El comandante Thorpe había ordenado a Ernie *Short* que acudiese a verle, y el oficial aguardó a que fuese de noche para penetrar en las oficinas de «Thompson y Andrews, Exportación», no haciéndolo por la puerta principal, sino por la entrada que se reservaba únicamente para casos particulares.

No se hallaba solo el comandante, sino acompañado de Gladys Neuman, a la cual, desde la noche en que bailara con ella, no la había visto Ernie más que un par de veces, y éstas, de manera fugaz.

Thorpe aparecía seriamente preocupado cuando llegó *Short*, al cual recibió sin demasiado calor.

En cuanto a Gladys, daba más bien la sensación de una estatua de hielo que de un ser animado.

A pesar de ello, Ernie se mostró sonriente, tranquilo, seguro de

sí mismo.

—¿Qué hay de nuevo, capitán *Short*? —preguntó Thorpe.

—En concreto, nada, señor. Indicios, suposiciones…

—No es mucho y el momento de la ejecución de River, se acerca. Apenas si queda poco más de un mes. Logré un aplazamiento de des meses y yo sé lo que me costó.

—Sí, señor. Créame que lo siento. He tomado el asunto del capitán River como cosa propia, pero, pese a mis deseos, no puedo precipitar los acontecimientos. Vigilo, estoy atento a percibir el menor movimiento, pero dudo que pueda hacer nada mientras el enemigo no se mueva.

—Veamos qué es lo que ha logrado hasta ahora. A nuestros superiores no les puedo hablar de indicios ni sospechas.

Siento defraudarle, señor, pero no puedo concretarle nada. Percibo algo impalpable en torno mío. Trato de ocupar allí el lugar del capitán River y del propio Frank Holt, trato de imaginar qué es lo que pudo ver este último para telefonearle como lo hizo; pero hasta ahora no puedo decirle nada.

El rostro del comandante Thorpe se ensombreció aún más, preguntando a continuación a Ernie:

—¿Qué sabe de los proyectiles «Anti-
CO-X»,
capitán?

Sin conocer los motivos, Ernie *Short* sintió que le abandonaba parte de su seguridad.

—Es un nuevo tipo de proyectil-cohete radiodirigido que rebasa la velocidad de 3500 kilómetros por hora. Van provistos de ojo radar, mediante el cual, divisan al enemigo. Cuando llega tal fase de su actuación se desembarazan automáticamente de la intervención por radio y comienza a funcionar su cerebro electrónico que les lleva a precipitarse sobre el contrario.

—Exactamente. ¿Qué más sabe de ellos?

Sentía el joven las miradas de Gladys fijas en él y tal cosa le obligó a realizar un esfuerzo sobre sí mismo para parecer indiferente al responder:

—Se han experimentado últimamente en Taiwan. El resultado ha sido positivo, aunque con ciertas reservan que se apuntan en el informe que se ha hecho con motivo de sus experimentos. Se

señalan las posibles correcciones que se deben hacer.

—Ha visto, pues, ese informe, ¿no es así?

—Sí, señor. He debido verlo antes de darle salida para el Pentágono, quedando una copia de tal informe en nuestro poder por si el original se extraviara. La copia será destruida tan pronto se reciba la comunicación de que el original ha sido recibido.

—Perfectamente. Precisamente le he mandado llamar para esto.

A una mirada del comandante Thorpe, Gladys Neuman se dirigió hasta una caja de caudales empotrada en la pared y disimulada detrás de un mueble ligero, la abrió y sacó de ella un sobre que depositó en manos del comandante Thorpe.

Éste, a su vez sacó una copia fotográfica, ampliada, y la puso ante la vista de Ernie.

—Vea eso, capitán. ¿Lo reconoce?

Ernie palideció ligeramente y exclamó:

—¡Perfectamente, señor! Es la copia del informe sobre el «Anti-Co-x»

experimentado en Taiwan.

—Tiene usted buena memoria. Ahora tome una lupa y examine unas leves huellas digitales impresas sin duda en el documento original y que la indiscreta fotografía ha revelado.

Mientras hablaba, el comandante alargó una lupa a Ernie, lupa con la que el oficial examinó el lugar de la fotocopia que le había indicado su jefe.

Gladys, moviéndose de forma silenciosa, sacó de un cajón metálico una cartulina que alargó al comandante y éste, a su vez, la pasó a Ernie *Short*.

—Compare estas huellas digitales con las que aparecen en la fotografía y dígame qué le parece.

—No es necesario que las compare. Sé que unas y otras corresponden a mis dedos.

—Así es.

Después de un breve silencio, continuó el comandante Thorpe.

—Estamos ante un caso semejante en todo a lo del capitán River. Usted ha tenido más suerte que él, al menos, de momento. Ese documento, una vez llegó a su poder, no debía haberlo tocado nadie más que usted, ¿no es así?

—Así es, señor. Y yo lo coloqué en la valija, que nadie puede

abrir hasta que llega al departamento correspondiente del Pentágono.

—Sin embargo, ahí tiene la fotografía. A mí no me cabe duda que, de haberla fotografiado usted, hubiese tomado las debidas precauciones para que sus huellas no hubiesen aparecido.

—Es algo que dicta la más elemental prudencia a cualquier persona experimentada y que se decide a trabajar en un caso de esa índole.

—¿Quién pudo hacer el documento desde el momento en que usted recibió el documento y lo estudió, hasta que lo metió en la valija?

—Que yo sepa, nadie, en absoluto.

—Sin embargo… La persona que se hizo cargo de la valija la entregó en el Pentágono sin abrirla, según se ha podido comprobar. No es necesario que le explique cómo se puede comprobar tal extremo, pero es algo seguro.

—No lo dudo, señor. A pesar de ello, vuelvo a repetirle que desde que me hice cargo del documento, hasta que la valija quedó cerrada, no pudo tener nadie acceso a él y por tanto, careció de ocasión de fotografiarlo.

—Si embargo, ahí están esas huellas. Estamos cerca de uno de los culpables, capitán. Piénselo bien. Tal vez mientras usted lo examinaba, alguien de su confianza tuvo la ocasión de hacer la fotografía sin que usted se diese cuenta.

—Imposible, señor. No tengo confianza con nadie y con quien menos confianza tengo, es precisamente, con la persona que puede aparecer como de mi confianza.

Comprendió Ernie que Gladys tal vez había ido demasiado lejos en los informes que podía haber dado al comandante sobre él y Patsy Shelly. Y dirigió a la teniente una mirada de claro desafío que ella pareció no advertir.

—No cabe, capitán, que por medio de alguna hábil instalación, ¿haya podido ser fotografiado el documento en los momentos en que usted lo examinaba?

—Muy hábilmente tendría que estar hecha la instalación… No me atrevo a darle una negativa rotunda, pero no creo que se haya podido producir tal cosa. No obstante, mañana lo examinaré detenidamente. Es más, se podría ir esta noche y verlo

tranquilamente. Podría ir yo y los miembros del servicio que usted designara.

—Se hará. Pero creo, como usted, que no es fácil semejante cosa.

El comandante Thorpe, que se había animado unos momentos, volvió a su gesto de preocupación.

—Esto es muy grave, capitán *Short*. Afortunadamente, el hombre que llevaba el negativo ha sido detenido.

—Pero… —inició *Short*.

El comandante Thorpe confirmó con el ademán y el gesto, añadiendo de palabra:

—Sí. Volvió a actuar el cianuro. No dio ocasión siquiera a que se le pudiera quitar la ampolla que llevaba en la boca.

—¿También un nipón?

—Sí.

—Esto indica que no estamos ante una organización vulgar de espías, sino ante una organización de fanáticos.

—Es posible; pero esto, por el momento, no nos resuelve nada. Yo he podido para el golpe contra usted gracias al teniente Neuman, que ha sido quien ha hecho posible el servicio. Creo en usted y por eso me atrevo a arriesgarme. Pero no podemos mantenernos así durante mucho tiempo. Hay que descubrir al que ha hecho esta fotocopia y evitar que el cianuro le impida hablar.

Experimentó Ernie *Short* una sensación de inferioridad difícil de descubrir, mientras Gladys parecía agigantarse a sus ojos.

Sin embargo, ni le dio las gracias, ni le concedió siquiera una mirada.

Se concentró en sí mismo y expresó al cabo, al tiempo que volvía a examinar atentamente la fotocopia:

—Estoy seguro de que nadie ha podido hacer la fotografía desde el momento en que yo me hice cargo del documento, hasta que quedó encerrado en la valija.

—Pero si eso no se puede demostrar…

—Si se pudiese demostrar significaría con toda seguridad poder demostrar también la inocencia del capitán River.

Se iba sintiendo Ernie otra vez dueño de sí, sin dejar de examinar cada vez más atentamente la fotocopia.

Dio la sensación de que había triunfado y que tomaba el asunto un poco en broma.

Y él mismo se sintió crecer ante Gladys, experimentando el deseo de empequeñecerla. Le dolía tener que agradecerle el que gracias a ella no se vería envuelto en un feo asunto como el que estaba a punto de costar la vida al capitán River.

Al fin, sonriendo indefiniblemente, tendió la fotocopia y la lupa al comandante Thorpe.

—¿Tiene la bondad, señor? ¿Quiere examinar eso detenidamente?

Lo hizo el comandante, no pudiendo evitar el sentirse sugestionado por la seguridad de que Ernie daba muestras.

—No veo nada de particular, capitán —expresó al fin.

—¿No advierte que falla algo, precisamente en torno a las huellas, como si hubiesen estado retocando la placa?

Tras una breve vacilación, hubo de admitir el comandante:

—Pues sí, es cierto. Pero eso no borra las huellas.

—No las borra, señor, pero sí puede significar que tales huellas han sido superpuestas después de haber logrado la fotografía del documento para hacer recaer así la culpa sobre mí.

El comandante Thorpe miró a Ernie *Short* como si lo viese por primera vez.

—¡Creo que ha dado usted en el clavo! ¡Y eso significaría que el capitán River podría demostrar su inocencia!

—Así es, señor.

—¿Y por qué esto?

—Para poder responder a eso sería necesario poder penetrar en la mente del que tiene en sus manos el tinglado de este feo asunto. Lo cierto es que la primera víctima fue el capitán River y que ahora me habían elegido a mí.

—Tal vez buscan que, al aparecer ustedes como culpables, no piense nadie en ellos y así permanecer en la sombra, trabajando cómodamente. Sí, no hay duda.

—Algo así debe de ser, señor.

—Pero ¿cómo podremos demostrar eso?

—Hemos logrado un descubrimiento interesante que nos permitirá pisar un terreno menos movedizo que el que hemos pisado hasta ahora.

—¡Pero el capitán River vive horas de angustia!

—Estoy en condiciones de comprenderlo. Haré lo imposible por

acelerar la llegada del momento de desenmascarar a los espías.

Dirigió una furtiva mirada a Gladys Neuman, la cual se había humanizado un tanto, deponiendo en parte la fría actitud que había mantenido hasta entonces.

—Mientras llega ese momento, pueden examinar las fotocopias que hayan podido servir como prueba para condenar al capitán River. Así se podrá saber si las esperanzas que concebimos en este momento pueden tener un fundamento…

La brillante mirada de Ernie *Short* se posó en Gladys con expresión desafiadora, señalando así el triunfo logrado y que anulaba en no poca parte el alcance del triunfo de ella.

Y fue entonces cuando le dio las gracias.

—Debo darle las gracias, teniente Neuman. Gracias a su diligencia, hemos podido llegar a esta conclusión, que no es poca cosa como punto de partida para enderezar nuestras investigaciones a partir de este momento.

—No he hecho, más que cumplir con mi deber.

El comandante, apuntó complacido:

—Ciertamente, comienzan a despejarse las tinieblas que nos envolvían. Ha sido una lástima que ese hombre no haya sido cogido vivo.

—Les doy una solución para la próxima vez. Antes de detenerlos, los golpean en el cogote o en el estómago, de forma que se vean obligados a arrojar la ampolla de cianuro antes de romperla.

Lo expresó en tono humorístico, logrando que Gladys se sonrojase mientras que el comandante Thorpe, complacido por el rumbo que tomaban las investigaciones, no tomó en cuenta el tono ligero empleado por *Short*.

—¿Puedo permitirme una sugerencia, señor? —expresó Ernie *Short* sintiéndose dueño de la situación.

—Diga, capitán.

—Está claro que han tratado de hacer de mí una víctima como anteriormente hicieron con River.

—Queda fuera de toda duda.

—Interesaría saber si la elección ha sido hecha un tanto al azar, una vez llegué a Tokio; si la habían hecho antes, o, si sencillamente, han aprovechado el que yo me colocase en la Comisión de Ayuda.

Si la cosa ha nacido en Tokio, lo podré averiguar personalmente. Pero si viene de antes, convendría saber quiénes sugirieron mi traslado de Taiwan a Tokio.

—Tendré en cuenta esa sugerencia y se realizarán las averiguaciones pertinentes. Y una cosa.

—Diga, señor.

—No violente la cosa con la señorita Patsy Shelly. Piense que por ella se podrá llegar tal vez al descubrimiento del resto de la organización y no conviene espantar la caza.

—Ya lo he pensado, señor, porque, de lo contrario, hay para ir de aquí a su alojamiento y ahogarla.

Lo dijo en un tono que hizo reír al comandante.

—¡Cuidado, capitán! Ya sabe que, por varios motivos, ha de ir con pies de plomo. Y ahora, puede retirarse. Yo me quedaré trabajando aún un rato. Si necesita dinero o cualquier otra cosa, la teniente Neuman se lo resolverá.

—Gracias, señor. Por el momento, no necesito nada. Reflexionar, poner en orden mis ideas. Buenas noches.

Se inclinó levemente ante el comandante primero y ante Gladys a continuación y salió con paso rápido, sin dar ocasión a que Gladys le acompañase.

—¡Así sabrá esa niña tonta que he podido vivir treinta y dos años de mi vida sin ella y que podré continuar viviendo lo mismo, aunque la tenga en las antípodas!

En cuanto al comandante Thorpe, una vez *Short* hubo salido, comentó dirigiéndose a Gladys:

—Creo que hemos dado con el hombre que necesitábamos.

—Sí, el maravilloso capitán Ernie *Short*…

CAPÍTULO V

Al día siguiente, Ernie *Short* no acudió a la oficina a la hora de entrada, presentándose una hora más tarde y haciéndolo de improviso.

Entró derecho a su oficina, en la cual encontró a otro funcionario despachando el trabajo de trámite que le habría correspondido realizar a él.

—Buenos días. ¿Algo urgente?

—No, nada urgente. Simplemente, cosas de trámite.

—Gracias por su ayuda —respondió Ernie *Short* mordaz.

—He recibido órdenes. No me inmiscuyo jamás en el trabajo de nadie —respondió el empleado.

—Dispense, Miñosa. Pero como estoy en plan de eventual y me encuentro a gusto en este destino, sinceramente, no me agradaría perderlo.

—¡Bah! Esto es como otro trabajo cualquiera. Monotonía, aburrimiento… Vine a Tokio creyendo encontrar algo extraordinario. ¿Y qué he encontrado? Basura como en tantos y tantos sitios. En fin, ahí le dejo. Le diré a la señorita Shelly que ha llegado usted ya.

—¿Creyeron que no venía?

—Algo así debe haber sido.

—Voy con usted y así le daré los buenos días.

Acompañó Ernie *Short* a Miñosa, penetrando al mismo tiempo que él en el departamento que ocupaban Patsy Shelly y su jefe inmediato Charles Darvy, joven aún, con apenas cinco o seis años más que Ernie.

—Buenos días. ¿Cómo es eso, Patsy? ¿Apenas hace unos días que trabajo y ya se trata de sustituirme?

La joven había empalidecido ligeramente, mirando a Ernie con expresión que reflejaba viva inquietud.

—Hola, Ernie, yo… —tartamudeó con cierta premiosidad.

Intervino entonces Charles Darvy.

—No le eche la culpa a ella, ni a mí tampoco, a pesar de que he sido yo el que le dio semejante orden. Ha partido del jefe de personal, al cual comunicaron que usted no había venido.

—¿Y es bastante eso para que se me sustituya rápidamente? Me he retrasado una hora, y el señor Miñosa lleva trabajando allí más de cuarenta y cinco minutos.

Aprobó Miñosa con el gesto y Charles Darvy se encogió de hombros.

—No haga demasiado caso, señor *Short*. Ya sabe usted. Nuestro jefe de personal ha sido militar, y en estas faltas de puntualidad actúa a rajatabla. No le extrañe que le llame la atención seriamente por su falta e incluso que llegue a prescindir de sus servicios. Como eventual, debiera haber tenido usted más cuidado.

—¡Al diablo el jefe de personal y sus alrededores! ¿Creen que uno es una máquina? Yo sé más que todos de puntualidad y disciplina; pero también he sabido hacerme cargo de las circunstancias cuando ha sido preciso. En fin, voy a lo mío y si tienen algo que decir, allí me cogerán.

Saludó sin demasiada cortesía y se retiró, marchan; de en derechura a su departamento.

La noche anterior había estado en las Oficinas de la Comisión de Ayuda, para asegurarse de que no había ningún aparato fotográfico instalado adecuadamente para obtener fotografías como la del documento[1] sobre los proyectiles «Anti-
Co-x».
Y había aprovechado, con dos compañeros del servicio que le habían ayudado en la tarea, para instalar un magnetófono en la oficina donde trabajaba Charles Darvy y Patsy.

La visita al citado departamento le sirvió para poner en marcha el magnetófono y provocar con su actitud los comentarios de Patsy Shelly y Darvy.

De regreso del departamento de ambos, se hallaba trabajando unos diez minutos en su despacho, cuando llegó Patsy.

—¿Qué te sucede? Pareces otro hombre hoy. Has llegado a

asustarme.

—¡Bien! Te asustas por poca cosa. ¿Es esa toda tu categoría aquí? Un pequeño retraso y me encuentro a otro trabajando en mi sitio. Si hubiesen sido asuntos de urgencia, me hubiese parecido bien, ¡pero simples cosas de trámite, que lo mismo se pueden despachar hoy que mañana!

—Ya averiguaré las causas. He preguntado a Charles Darvy, pero él no sabe nada.

—¿Es él quien te ha mandado aquí?

—¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta? He venido por gusto de verte, por saber qué te pasa.

—Ya me has visto…

—Estás enojado conmigo y no tienes motivo para ello —se quejó Patsy—. Más bien soy yo la que tiene motivos para estar quejosa contigo.

—¿Tú, conmigo?

—Sí. Sabes perfectamente que quedamos en que vendrías a recogerme para cenar juntos e irnos a bailar y no viniste.

—Es cierto.

—¿Qué te sucedió?

—Ni yo mismo lo sé. No tenía ganas de cenar ni de nada. Salí a dar vueltas por ahí. Hubiese sido un mal compañero para ti.

—Podrías haberme avisado, al menos.

—Es cierto; pero no se me ocurrió. Y ahora, perdóname, pero quiero poner en orden ciertas cosas. Si me despiden, no quiero que puedan acusarme de desidia.

Patsy pareció dudar, pero al fin decidió irse no sin antes decir:

—Bueno. Supongo que se te pasará. Ya me avisarás cuando estés más persona.

—Te avisaré. Creo que no será nada y tal vez estaré en condiciones de que podamos comer hoy juntos.

Marchó la joven contoneándose, volviéndose para sonreírle antes de desaparecer de su vista.

Poco después le llamaba por teléfono interior el jefe de personal.

—¿Ha llegado usted al fin?

—Eso parece —respondió Ernie secamente.

—Pase inmediatamente a ver al jefe de Estadística.

—Estoy acostumbrado a que se me pidan las cosas por favor y

debe hacerlo así, aunque sea un empleado eventual.

Tardó casi un minuto en recibir la respuesta:

—Está bien, le ruego que me perdone. Haga el favor de pasar por donde está el jefe de Estadística.

Colgó Ernie *Short* el aparato telefónico.

—No sé. Noto un ambiente extraño en torno a mi persona. Es como si hubiesen tenido la seguridad de que yo no iba a venir.

Antes de decidirse a acudir al departamento del jefe de Estadística, llamó por teléfono para preguntarle si le podía recibir.

—¿Que si le puedo recibir? ¡Naturalmente! ¡Estoy deseando verle, capitán! Traiga, por favor, lo que se refiere a las existencias de proyectiles «Anti-Co-X».

—Inmediatamente.

Una vez colgó el aparato telefónico de la horquilla, se detuvo a meditar.

—¿Otra vez los «Anti-Co-X» en danza? No sé por qué me parece que la cosa va a hacer explosión antes de lo que imaginamos todos. Ellos y nosotros.

Tomó Ernie lo que le había pedido el jefe de Estadística y se personó en el despacho de éste.

Era un hombrecillo el jefe de Estadística, de aspecto insignificante y gesto bondadoso. Vestía con meticulosa elegancia, era un esclavo de los formulismos y no negaba que le hubiese agradado tener título nobiliario y que lo tendría de haber nacido en otro país.

—Adelante, capitán *Short*.

Ernie, que entró fingiendo la ligera cojera que había adoptado para hacer creer en lo de su mutilación, se puso en posición de firmes.

—Buenos días, señor. Le ruego que excuse mi tardanza, pero es que deberes inexcusables me han mantenido en la calle hasta una hora después de la señalada para la entrada en la oficina.

—¡Por favor, capitán! No debe preocuparse. Si lo he lamentado es porque casualmente hoy he podido observar una anomalía que debe quedar corregida inmediatamente.

—Usted dirá.

—Según su parte de anoche, deberían quedar en almacén doce proyectiles «Anti-

CO-X»,
y solamente quedan diez.

—Deben quedar doce. Antes de venir he repasado la cosa y lo he podido comprobar. Véalo usted mismo.

Mostró matrices de las órdenes de salida a almacén.

—Sí, según eso está bien. Pero mire esto.

Le mostró una orden de salida en cuya matriz no constaban los dos proyectiles que faltaban.

—Usted no ha registrado esa salida.

—Naturalmente. Yo no tengo orden de salida de esos proyectiles y por tanto, no he dado orden a almacén.

—Ésa es su letra.

—No esté tan seguro. Escuche, señor Winter, esto puede ser grave y no estoy dispuesto a ser yo la víctima. Yo estoy convencido de que esa letra no pasa de ser una burda falsificación.

El jefe de Estadística palideció.

—¿Quiere decir que han hecho trampa?

—Exactamente…

Llamaron en aquel momento por un teléfono interior y a requerimiento de su secretaria, el propio Winter tomó el auricular.

Por teléfono llegó una voz de tipo metálico, dura, sin inflexiones. Ernie *Short* la oía, pero no podía entender lo que decía; pero observó que la palidez de Winter había tomado un tinte entre verdoso y terroso, mientras sus ojos reflejaban un profundo terror.

Cuando la voz se hubo extinguido, el señor Winter respondió:

—Sí, descuide. Se hará como dice usted.

Colgó el auricular y se dirigió a Ernie *Short*.

—Bien. Deje eso ahí. Yo me preocuparé de arreglarlo.

—¿Qué quiere decir, señor Winter?

—Sencillamente, que yo me preocuparé de saber adónde han ido a parar esos dos proyectiles. No pueden haberse perdido. Y si no apareciesen, lo arreglaré como sea. No debe preocuparse, capitán *Short*.

—Por favor, señor Winter. Yo soy militar y sé la importancia que puede tener una cosa así. ¿O es que quiere usted que me fusilen?

—¡Oh, qué disparate! Si nadie sabrá de eso…

—Lo siento, señor Winter, pero sí sabrán de eso. Voy a ir personalmente a ver al jefe del servicio de investigación para que se

ocupe del asunto.

—¡No hará usted tal cosa!

—Sí, es mi obligación y lo haré.

—Aguarde un momento.

Se dirigió el señor Winter a su secretaria.

—Salga un momento. Y si ha escuchado algo de lo que hemos hablado el capitán *Short* y yo, olvídelo.

—No he oído nada, señor Winter.

—Es mejor así —murmuró el hombrecillo.

Salió la joven y el jefe de Estadística se encaró con Ernie *Short*.

—¿Es que quiere usted que nos maten a los dos si se descubre esto?

—Prefiero la muerte a la deshonra… Mi deber como militar y como norteamericano, me impele a no admitir que un asunto de esta gravedad se entierre.

—¡Usted no irá a ningún sitio, capitán *Short*! ¡Se lo ordeno!

—Iré ahora mismo. Y me llevaré todo esto y las órdenes que he recibido yo. Así no daré oportunidad a que se falsifique nada más.

Por un instante dio la sensación de que el hombrecillo iba a saltar sobre el oficial; pero iba desarmado y su insignificancia física hizo que se considerase vencido de antemano, dejándose caer en un sillón.

—¡Esto será la muerte de los dos!

—No lo crea, señor Winter. Esto podría ser nuestra muerte si retrocediésemos, pero no vamos a retroceder.

—¿Es que no ha oído hablar del señor Frank Holt? Usted entró aquí a raíz de su asesinato.

—Sí, señor Winter. Y también he oído hablar del capitán River, el cual está a punto de ser ejecutado. Y ni quiero morir de esa forma infamante, ni quiero que muera tampoco el capitán River, de cuya inocencia, y más después de esto, estoy convencido.

El funcionario temblaba de miedo al responder:

—Le comprendo, capitán *Short*. Pero yo no quiero morir y la orden que he recibido es que no salga usted de aquí sin que eso quede arreglado.

—¿Y quién le ha dado esa orden? —preguntó *Short* sarcástico.

—¿Cree usted que él se da a conocer? «Míster Lowe».

—¿Es la primera vez que le da una orden?

El hombrecillo vaciló antes de responder:

—No, no es la primera vez. Después de la muerte de Holt yo quise denunciar unas pequeñas anomalías y recibí la orden de callar, bajo amenaza de muerte.

—¿De qué se trataba?

—Se advirtió la falta de un combustible para los nuevos modelos a reacción, un combustible que se había experimentado últimamente, de gran poder energético.

—¡Ya! ¡Estamos vendidos y no habrá más remedio que hacer aquí una limpieza a fondo! La cobardía de unos y la maldad de otros pueden hacer un daño irremediable.

Ernie *Short* olvidaba un poco el papel que representaba y se exaltaba con sus propias palabras, sintiendo al enemigo cerca, un enemigo que, sin embargo, permanecía invisible, aun a pesar de que se permitía dar órdenes dentro de un edificio de carácter oficial.

Miró Ernie en torno y echó mano a su pistola. Había percibido un leve crujido a sus espaldas, un crujido cuya naturaleza desconocía.

—¿Esta oficina no tiene más puerta que ésa? —preguntó señalando hacia aquélla por la cual había entrado.

—Nada más. Aquella puerta corresponde a un gran armario que nos sirve de archivo.

El jefe de Estadística sentíase en inferioridad ante la autoridad que dimanaba del que, en aquel lugar, era subordinado suyo.

Se dirigió *Short* al antedespacho y vio a la joven secretaria del jefe de Estadística, sentada ante una mesa, reflejando su rostro no poco temor.

—¿Ha venido alguien desde que el señor Winter la ha hecho salir de aquí?

—No, capitán *Short*.

Ernie, para tranquilizarla y ganarse su confianza, le dijo con voz amable:

—Olvide que he sido el capitán *Short*. Ahora soy un empleado más, un compañero de trabajo que corre un peligro del cual quiere salvarse y salvar de paso su dignidad.

—Sí, señor. Lo comprendo.

Recibió Ernie, sin embargo, la impresión de que la joven estaba lo suficiente asustada para no comprenderle; y le preguntó:

—Está usted asustada. ¿La han amenazado?

La joven movió la cabeza afirmativamente, reflejando su mirada un miedo cada vez mayor.

—¿Cuándo la han amenazado?

—Cuando mataron al señor Frank Holt; y hoy mismo me han vuelto a amenazar. Dicen que si hablo, me matarán.

—¿Qué es lo que temen que hable usted?

—Diversas irregularidades que se han observado. Ya han hablado ustedes de ello.

—¿Y quién la ha amenazado?

Se encogió de hombros la secretaria y respondió como si señalase hacia algo intangible:

—«*Mr*. Lowe».

—Usted ha oído su voz con claridad, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿No conoce a nadie dentro de estas dependencias cuya voz o manera de hablar se parezcan a las de «*Mr*. Lowe»?

Efectuó la joven un movimiento de cabeza rápido, esa vez, en sentido negativo.

—No, señor.

—¿Cómo es esa voz?

—Es terrible, se le pone a una la carne de gallina cuando la oye —respondió con expresión angustiada.

—¿Quiere significar que no es una voz humana?

—No creo que ningún ser humano pueda tener semejante voz —respondió la joven.

Ernie *Short* sabía que tenía al enemigo en el interior del edificio, conocía de su audacia por la muerte de Frank Holt y por el mismo atrevimiento que había demostrado al amenazar por teléfono interior al jefe de Estadística y estaba seguro del empeñó que pondría en que él y los dos empleados que podían hablar denunciando las anormalidades, no pudieran ponerse en contacto con las autoridades.

Se dio cuenta entonces de que por su afán de saber, ponía en peligro todo aquello.

—No se asuste. Saldremos bien de todo este endiablado asunto. Y vamos a comenzar por tomar las debidas precauciones.

Se dirigió entonces a la puerta del antedespacho y la cerró,

asegurándola por dentro.

—Ahora sé que no nos podrán sorprender por aquí.

—¡Es terrible! ¡Me marcharé a mi casa, a los Estados Unidos!

—Tranquilícese. No va a pasar nada y, si vive mejor en Tokio, no tiene por qué irse para allá. Vamos.

El señor Winter debe estar poco menos Que muerto de miedo.

Volvieron al departamento de Winter, al cual encontraron paseando nerviosamente de un lado a otro de su despacho, tan pronto asomándose a alguna de las ventanas, como llegando hasta la puerta de entrada a su departamento.

—¡Esto es imposible! ¡Nos matarán! ¡Lo ha dicho bien claro! ¡Ya ha visto usted lo que le ocurrió al pobre Frank Holt!

—Hará bien si se tranquiliza. Cuando lo de Frank Holt, lo sorprendieron y nos sorprendieron a los demás. Ahora será todo diferente. Ellos se valen del miedo de la gente para dominar. Pero la prueba de su propia habilidad la ha dado el hecho de que les han amenazado; y les han amenazado porque nos tienen miedo.

Ernie dejó la pistola al alcance de la mano y se dirigió al teléfono, poniéndose en contacto con la centralilla a la cual dio el número del comandante Thorpe.

La respuesta que recibió momentos después le dio, en parte, la medida de hasta dónde llegaban sus enemigos.

—Lo siento, señor *Short*, pero no responden los teléfonos, no tenemos tono. Seguramente hay avería.

—Se trata de algo urgente, señorita. Le ruego que salga a cualquier teléfono próximo, llame al número que le he indicado y diga que me llamen desde allí.

—Sí, señor. Voy en un momento.

Transcurrieron varios minutos sin recibir respuesta, y Ernie *Short* volvió a insistir, escuchando al cabo:

—Lo siento, señor *Short*, pero no me he atrevido a salir. No puedo abandonar mi puesto.

—La ha amenazado «*Mr*. Lowe», ¿no es así?

No respondió la telefonista quien, sin embargo, cortó la comunicación.

—¡No me digan que no es estupendo! En una inmensa ciudad como Tokio, civilizada, bien organizada y con hombres que luchamos por el bien y el orden, estamos cercados por los fuera de

la ley en un edificio oficial.

El señor Winter, tartamudeando, habló:

—¿Qué va a hacer, capitán *Short*? Puedo hablar a «*Mr*. Lowe», le prometeré que no diremos nada, que todo quedará arreglado como él quiere.

—Puede usted prometerle lo que quiera. Pero yo, lucharé. A mí no me arredran las bravatas de «míster Lowe»…

—No se trata de usted, capitán *Short*. Es que lo pagaremos la señorita Higgins y yo.

—Les protegeré…

—No sé cómo nos va a proteger.

—Saliendo yo de aquí y llevándome esto. No tardaré en enviarles fuerzas que les protegerán.

—Nos protegerán. ¿Contra quién? ¿Es que no se da usted cuenta? ¿Dónde está el enemigo?

—«Míster Lowe» está aquí dentro, es uno de nosotros y ustedes lo saben. Hay que desenmascararlo y eso se puede lograr únicamente si cada uno pone de su parte lo que pueda.

—Antes de que hayamos desenmascarado a «míster Lowe», nos habrá liquidado a todos, como hizo con Frank Holt.

Ernie *Short*, sin responder a las palabras del señor Winter, se asomó a una de las ventanas.

No observó nada anormal y se dirigió a Winter.

—¿Tiene ahí una cartera?

—Si. Tómela.

Le alargó una cartera de cuero, en la que Ernie *Short* guardó la documentación de entradas y salidas y órdenes referentes a los «Anti-
CO-X».

Cuando lo tuvo guardado se dirigió al teléfono interior y pidió comunicación con el departamento donde trabajaba Patsy Shelly.

—Por favor, Patsy, ¿quieres pasar un momento por Estadística?

—Lo siento, Ernie, pero no puedo moverme de mi sitio.

—¿Qué sucede?

—«Míster Lowe». Lo ha prohibido.

No se percibía la menor emoción en la voz de Patsy.

—¿También «míster Lowe» por ahí? Si te pones en comunicación con él, dile que voy a salir. Dile también que conozco a algunos de

sus auxiliares. Me comprendes, ¿no es eso?

Acentuó las últimas palabras significativamente; pero Patsy no se dio por aludida y respondió:

—Sí. Tu voz llega con toda claridad.

—Y añades que si al señor Winter o a la señorita Higgins les sucede algo, que las vidas de sus auxiliares responderán de las de ambos. A los gangsters hay que tratarlos como gangsters y aún no se ha borrado de mi mente el momento en que vi caer acribillado a Frank Holt.

—Está bien, Ernie. Aunque no creo que tenga probabilidad alguna de poder comunicar con «míster Lowe». El ordena, pero no escucha.

—Pues allá él y los que le ayudan.

Colgó Ernie y empuñó la pistola que había dejado sobre la mesa, revisando el cargador y el funcionamiento de la misma.

Antes de salir, se dirigió a la señorita Higgins y al señor Winter.

—Cuando yo salga, deben cerrar, aunque no creo que «míster Lowe» les ataque. Sería una crueldad inútil y él lo sabe. Y esa crueldad tendría una respuesta adecuada.

—Temo que comete una verdadera locura, capitán *Short*.

—No le preocupe. Les mandaré protección rápidamente, eso, en el caso de que no venga a traerla personalmente.

Y Ernie *Short*, manteniendo la cartera aferrada en su izquierda, apretada contra el cuerpo, y empuñando la pistola con la derecha, se dispuso a salir.

—¿Quiere hacer el favor de abrir, señorita Higgins?

CAPÍTULO VI

Ernie *Short* percibió el ruido que, a sus espaldas, hacía la puerta al ser cerrada por la señorita Higgins.

Una vez cesado el ruido, y por extraño que pareciese, volvió a quedar el edificio en un silencio que no era usual a tales horas, silencio que resultaba impresionante.

«*Parece que el fantasma de "míster Lowe" les tiene dominados*».

Tenía Ernie ante sí un largo pasillo, con puertas a un lado y a otro, correspondientes todas a departamentos en los cuales estaban los que durante aquellos días habían sido sus compañeros.

—En cualquiera de ellas puede estar el propio «míster Lowe» —expresó en voz alta, que por el mismo silencio, resonó más de lo que él había imaginado al hablar.

Echó a andar lentamente, procurando no hacer ruido alguno, avanzando de lado casi, y con la espalda pegada a la pared.

Rebasó las puertas de cada departamento haciéndolo rápidamente, entreviendo de forma fugaz a la gente que se hallaba dentro, gente que le miraba con expresión asustada, considerándolo como un loco.

—¿Es posible que haya tanto cobarde reunido en un solo lugar?

Lo expresó en voz alta, para que le escucharan, cuando le faltaba poco para llegar a la puerta del departamento donde debería hallarse Patsy Shelly.

Convencido de que en tal lugar estaría más seguro que en ningún otro, penetró en él, dirigiéndose a Patsy, que le contempló asombrada.

—¿Por qué ese asombro, Patsy? Te avisé que saldría. ¿No te decides a venir conmigo?

—No.

—¿También tú eres cobarde? ¡No lo hubiese creído jamás!

Se dirigió a continuación al jefe de Patsy.

—¿Y usted, Charles Darvy? ¿Tampoco osa enfrentarse con el fantasma de «míster Lowe»?

—No es cosa mía enfrentarme con él.

—Casi no lo hubiese creído. Un antiguo compañero mío me habló de su comportamiento en la campaña del Pacífico. Bastante más valeroso que el de ahora.

Darvy no se inmutó al responder:

—Aquéllos eran otros tiempos. Mis facultades hoy, están mermadas… Y bien, no me importa que piense usted que soy un cobarde.

—Ya lo veo. Pero no es usted el único. Hasta pronto.

Salió rápidamente, llegando a poco hasta el final del pasillo que desembocaba en una vasta pieza que daba a la amplia escalera.

Se detuvo a escuchar, sin lograr percibir el menor rumor y se decidió a atravesar rápidamente la pieza.

Una vez en la escalera, volvió a detenerse.

Le había parecido oír un leve ruido. Y para privar a sus posibles enemigos de un escondite, cerró rápidamente la puerta que había cruzado, guardándose la llave en un bolsillo.

—Si quieren salir, que la derriben.

Inmediatamente inició el descenso de la escalera, manteniendo pegada la espalda a la pared, mirando tan pronto arriba como abajo.

De improviso vio destellar un cuchillo y se dejó caer rápidamente, disparando a continuación dos veces consecutivas.

Vio que una figura braceaba en la escalera, a la altura del piso superior al que él había dejado, y que al fin, el hombre caía gritando espantosamente, pasando por delante de él para ir a estrellarse con ruido sordo en el bajo, en el nacimiento de la escalera.

—Un asesino menos.

Después de los precedentes ruidos, se volvió a un silencio tenso, sobrecogedor, pero que no logró impresionar a Ernie *Short*, quien continuó su descenso con todos sus sentidos en tensión.

Había descendido unos escalones cuando oyó ruido de pasos precipitados en el bajo y una voz preguntó:

—¿Qué sucede por ahí?

Se trataba de la Policía Militar que guardaba el edificio y se apresuró a responder:

—Soy el capitán Ernie *Short*. Vayan con cuidado porque tenemos enemigos que sólo asoman en el momento de tirar y tiran a dar.

Se produjo una violenta interjección en el piso de abajo seguida de una ráfaga de fusil ametrallador y la caída de un cuerpo.

Y volvió el impresionante silencio.

—El enemigo está aquí, no hay duda. ¿Arriba, abajo? No lo sé, pera lo presiento, casi diría que lo siento alentar.

Se dio cuenta Ernie de que la Policía Militar, tomando las naturales precauciones, subía, y él se mantuvo inmóvil por el momento.

Se produjeron dos nuevas ráfagas de ametralladora y no pudo evitar la curiosidad, asomándose a tiempo de ver caer un japonés por el hueco de la escalera, desde el primer piso a la planta baja.

Al asomarse percibió un movimiento por encima de él y disparó, agachándose a continuación; pero falló su disparo, que produjo un desconchado en la pared.

El sargento jefe de la guardia, gritó:

—¡Cuidado, capitán! ¡Déjenos a nosotros! Verá cómo barremos este de gente indeseable.

Se produjeron nuevas ráfagas de arma automática de diverso calibre, ruidos de caídas, gemidos, el respirar estertoroso de un herido. Y volvió a dominar la voz del sargento:

—¡Han caído dos más, capitán! ¡Esto va bien!

Sonrió *Short* complacido de que le librasen el terreno por abajo. Pero tenía al enemigo vigilando arriba, dispuesto a aprovechar cualquier descuido suyo en el descenso.

Segundos después se dejó ver alguien por arriba; pero solamente fue cosa de segundos, provocando un nuevo disparo de Ernie, disparo cuyo eco pareció desdoblarse a lo largo y ancho del edificio, pero que tampoco produjo víctima alguna.

—Intentan aprovechar el menor descuido. Saben que tienen pérdida la partida, pero han recibido orden de matar y matarán, si les dejo.

Trató de sorprender a sus enemigos bajando rápidamente, y a poco llovieron los proyectiles en torno a él, obligándole a refugiarse

tras una columna, desde la que volvió a hacer fuego tres veces consecutivas, respondiendo a sus disparos un gemido, al cual siguió un respirar estertoroso y el ruido que producía un cuerpo al caer pesadamente, rodando varios escalones.

—¡Ya tengo uno menos, sargento! —gritó *Short* a su vez.

La respuesta a tales palabras fue una ráfaga de proyectiles que arrancaba menudos fragmentos de la columna en que Ernie había buscado refugio.

Rebotaron los proyectiles, hiriéndole uno de ellos levemente en la mano izquierda, a pesar de lo cual, retuvo la cartera fuertemente asida.

Se mantuvo a la expectativa y tan pronto la ráfaga hubo cesado, aprovechó un resquicio y disparó.

Volvió a esconderse sin aguardar a ver el resultado de su disparo; pero se dio cuenta de que había hecho carne, pues el arma con la cual le habían disparado, cayó por el hueco de la escalera a tiempo que se escuchaba un angustioso gemido.

—¡Hola! Parece que vamos progresando.

Estaba ya cerca del lugar en que se hallaban los de la Policía Militar que también habían progresado bastante y señaló su posición al sargento para no dar lugar a un error.

—¡Perfecto, capitán!

Se produjo una nueva ráfaga y percibió una rozadura en un brazo, habiendo de retirarse de nuevo.

Pero respondieron los de la Policía Militar, terminando con el último de los enemigos.

Short y el sargento, corrieron al encuentro uno de otro.

—¿Le han herido, señor?

—Nada de particular, una rozadura. ¿Por su parte?

—Un herido. Le lanzaron un cuchillo cuando entrábamos a averiguar qué sucedía.

—¿Cómo puede haber entrado esa gente, sargento?

Se sonrojó el hombre.

—En realidad, no podría decirlo, señor. Se guarda la puerta principal y la puertecilla trasera. Pero las ventanas laterales pueden servir para entrar…

—Pida refuerzo, que la gente que trabaja sea protegida de cerca y redoblen la guardia. Luego se debe hacer un concienzudo registro

para asegurarse de que no queda en el edificio nadie ajeno al servicio.

—Sí, señor.

—Comprueben la identidad de quien entre y salga.

—Sí, señor.

—Nada más por el momento. Gracias por su intervención, sargento. Lo haré constar a la superioridad.

—Gracias, señor.

El rostro del sargento resplandeció de alegría.

—Mientras usted hace todo eso, que me acompañe un soldado.

Ernie, escoltado, se dirigió a la centralilla telefónica, encontrando en ella a la telefonista, muerta de espanto.

—Puede tranquilizarse, señorita. Ha pasado el peligro y «míster Lowe» dejará de ser una pesadilla muy pronto. Por el momento le hemos mellado las garras.

—Sí, señor.

—Es necesario que usted sepa desde donde llama «míster Lowe» puesto que él comunica con todo el que le conviene, por medio del teléfono interior.

Palideció la telefonista más de lo que estaba y respondió:

—Llama desde varios lugares, señor, aunque desde donde más llama es desde el archivo y de otro departamento que ahora no está ocupado por nadie.

La telefonista señaló los lugares que podían interesar a Ernie.

—Gracias por sus informes. No debe decir a nadie que la he interrogado. Este joven quedará aquí protegiéndola y luego vendrá el relevo. Si lo considera necesario, la custodiarán hasta su casa…

—Gracias, señor.

—No creo que «míster Lowe» de más órdenes por teléfono interior. Si lo hace, anote cuidadosamente en cada momento desde dónde pide la comunicación.

—Sí, señor, así lo haré.

—¡Gracias, y no se asuste, por favor!

Le sonrió para darle ánimos y salió, dejando al soldado que le había acompañado de protección a la telefonista.

Pensó en volver a Estadística y al despacho de Patsy, pero desistió.

—Es perder tiempo. Después de todo, no se ha adelantado gran

cosa para descubrir a «míster Lowe». Conoce bien el terreno que pisa. A pesar de ello, caerá.

Afloró a su rostro una sonrisa de satisfacción y se dirigió al encuentro del sargento, al cual dio nuevas instrucciones.

—¿Le acompaña algún soldado, señor?

—Gracias. Tiene usted aquí menos de los que necesita. Que la gente quede bien protegida, en especial, el señor Winter. Está amenazado de cerca y debemos evitar que le suceda lo que a Frank Holt.

—Sí, señor.

Llegó hasta la puerta del edificio. La policía había disuelto los grupos de curiosos que se hablan formado y la circulación se había restablecido normalmente.

Vio avanzar un automóvil de la policía nipona y se alegró en el primer momento, pensando en que podrían servir de ayuda al sargento, aunque no fuese más que en el exterior.

También llegaba otro automóvil de la policía militar.

—Esto queda arreglado. Ya se las entenderá el sargento.

Descendió la escalinata por uno de los laterales y echó a andar.

Mantenía la pistola empuñada en su diestra, metida ésta en un bolsillo, para ocultarla a la vista de la gente.

No tardó Ernie en percibir la sensación de que era seguido de cerca y se volvió con cierto disimulo para cerciorarse de ello.

—Todos rostros herméticos. ¿Quién será? Puedo haberme equivocado. Tal vez después de lo sucedido, esté padeciendo un poco de manía persecutoria.

Anduvo rápidamente, adelantando a la gente que marchaba a paso normal y no tardó en llegar al convencimiento de que un individuo iba siguiéndole los pasos.

Se trataba de un japonés alto y robusto, con aspecto de luchador, joven.

Se detuvo Ernie inesperadamente ante el escaparate de una tienda, y sirviéndose del cristal del mismo como de un espejo, pudo asegurarse de que no se había equivocado.

—Difícil será que no lo tumbe de un puñetazo.

Reanudó Ernie la marcha y el desconocido, como si se hubiese dado cuenta de que su presencia no era ignorada ya, continuó siguiéndole, pero sin recatarse lo más mínimo como en un principio

había hecho.

—Seguramente aguarda que me meta por alguna calle poco frecuentada para atacar.

El desconocido, como hombre que está seguro de su presa, caminaba cada vez más cerca de Ernie, y su actitud resultaba amenazadora, como que si tratase de impresionar a su víctima para, amedrentándola, ganarle la moral y hacer más fácil su captura.

La forma de producirse el nipón era tan clara, que Ernie decidió actuar por sorpresa.

Con tal idea apresuró aun más el paso y no tardó en observar que el desconocido hacía lo propio.

Llegó a una esquina y dobló por ella rápidamente, quedando pegado a la pared, percibiendo los pasos de su seguidor que se acercaba corriendo casi, por temor a perderlo de vista.

La calle en la cual había penetrado Ernie, estrecha y solitaria, favorecía la acción que había proyectado.

Y el agente secreto, apenas comprendió que el desconocido doblaba, se afianzó bien sobre ambas piernas, y sin darle tiempo a nada, le cruzó un potente derechazo a la boca.

Ernie era un buen luchador, sus golpes eran sencillamente demoledores, y esto lo acusó perfectamente el desconocido quien, al recibir el terrible impacto, vaciló unos momentos para luego desplomarse pesadamente sobre la acera.

Estuvo tentado Ernie de detener al hombre, pero ¿cómo justificar semejante detención, cuando era él quien había agredido, cuando se hallaba en territorio extraño mientras que el otro estaba en su país?

El hombre había caído de bruces y sangraba abundantemente por la boca. Se mantuvo unos momentos inmóvil, medio inconsciente y al fin se movió, intentando levantarse en un esfuerzo colosal.

—¡Bah! Tiene bastante. No creo que tenga idea de quién puede ser «míster Lowe».

Iba a reanudar su marcha, cuando aparecieron tres japoneses, uno de ellos, por donde él mismo había llegado, y dos de ellos, por una esquina próxima, en plan de cortarle la retirada.

Uno de ellos empleó un grito modulado de forma particular, capaz de romper el equilibrio nervioso del ser más organizado.

Experimentó Ernie *Short* la sensación de un rudo choque interno, y estuvo a punto de dejar caer la pistola; pero se rehízo en un esfuerzo de voluntad y, antes de que el otro repitiera el grito, disparó febrilmente, sintiendo el placer de alcanzarlo a la altura del estómago.

Se arrojó al suelo instintivamente, antes de que atacasen los otros dos y percibió el brillo siniestro de dos cuchillos que silbaron desplazando el aire para clavarse en el jambaje de una puerta a sus espaldas.

Y volvió Ernie a disparar con afán de hacer daño.

Vio que los dos hombres caían a pesar de sus ágiles saltos para esquivar los disparos. Uno de ellos, una vez en el suelo, hizo una violenta contorsión llegando hasta cerca de donde se hallaba Ernie, alargando las manos para enlazarlo del cuello.

Y Ernie volvió a disparar dos proyectiles, hasta asegurarse de que el hombre estaba muerto.

El ruido de los disparos alarmó a la gente. Ernie contó con la hostilidad de los indígenas y no se detuvo un instante, sino que, recogiendo la cartera, echó a correr, volviendo a la calle principal donde saltó a un automóvil de alquiler que vio libre.

Le dio la dirección próxima al lugar donde se hallaban las oficinas «Thompson y Andrews, Exportación», prometiendo al conductor una buena propina si le llevaba deprisa.

Así consiguió alejarse rápidamente del teatro de la lucha.

Cuando entró en las oficinas de la «Thompson Andrews», el sargento Wellesley, que se hallaba en su puesto, se levantó rápidamente, saludándole y mirándole con expresión de asombro.

Llamó Ernie a la puerta del despacho del comandante Thorpe en el mismo momento en que Gladys la abría.

—¡Buenos días, teniente! ¿Está el comandante?

—Buenos días, señor. El comandante ha salido. Pero, viene usted herido, está excitado…

—Nada de particular. He sentido el cosquilleo de la muerte, pero todo pasó ya.

Sonrió Ernie con expresión traviesa.

Después de la dura lucha sostenida, al verse ante Gladys que le contemplaba con expresión de asombro y susto a la vez, se sintió alegre, optimista, aunque refrenó tales sensaciones, temeroso de

herir la susceptibilidad de la joven.

—¿Sabe si vendrá pronto?

—Lo ignoro. Podremos telefonear a dos o tres sitios que le indiquen que venga si por acaso pasara por ellos.

—De acuerdo. Pero como hay que tomar decisiones rápidas, voy a tomar una antes que nada. No tema, correré con la responsabilidad.

Llamó a la Comisión de Armamentos y se puso en contacto con el oficial que había acudido con bastantes fuerzas para mantener el edificio controlado y a los empleados protegidos.

—Soy el capitán Ernie *Short*. Que no salga nadie del edificio. Recibirá la orden por escrito inmediatamente en el caso de que no fuésemos personalmente.

—Está bien, capitán.

Después de colgar el aparato se volvió sonriente a Gladys.

—Lo que son las cosas. Tenemos allí encerrado a «míster Lowe». Lo malo es que no sabemos quién es.

Brilló una sonrisa de diabólica alegría en sus ojos y añadió:

—Pero lo sabremos. Ahora puede usted telefonear a esos sitios para localizar al comandante.

Tomó asiento Ernie *Short* y abrió la cartera, sacando de ella lo que había sacado de la oficina.

—¡Esto marcha! El capitán River saldrá pronto.

Dirigió una maliciosa mirada a Gladys que telefoneaba en aquel momento; pero ésta se hizo la desentendida.

Una hora más tarde aparecía el comandante por la oficina. Su rostro reflejaba ansiedad.

CAPÍTULO VII

Ernie *Short* refirió al comandante Thorpe, en presencia de Gladys, lo que había sucedido, añadiendo al final:

—Seguramente «míster Lowe» confió en que yo sería detenido y que cargaría con todas las culpas en lo que a los «Anti-
CO-X»
se refería. El hombre que el teniente Gladys apresó, temo que fue un cebo hábilmente dispuesto para que nosotros picásemos.

Gladys se sonrojó, pero no dijo nada, continuando Ernie:

—Él tiene amedrentada a la gente allí; aquéllos hubieran tapado, la desaparición de los proyectiles como taparon la del combustible y yo hubiera sido la víctima que cubriría el que se hubiesen sacado las fotografías del informe, cosa que pronto o tarde hubiese llegado a conocer nuestro servicio.

—Creo que está en lo cierto. Pero estamos casi lo mismo que al principio.

—No lo creo, señor. Ahora hay motivos concretos en que apoyar la defensa del capitán River.

Al nombrarlo, Ernie posó su mirada momentáneamente en Gladys, que permaneció impasible.

—Y también se nos ha abierto una magnífica puerta para nuestra investigación.

—Es cierto. Cúrese esas heridas y las iniciaremos inmediatamente.

—Dentro de quince minutos estaré a sus órdenes, señor. Convendrá disponer un magnetófono que recoja las diferentes interrogaciones que haremos.

—¿No será suficiente con recogerlas en taquigrafía?

—No, señor. Tengo la impresión de que «míster Lowe» o el que

hace sus veces, está allí, es uno de los funcionarios. Y recogiendo sus declaraciones en cinta magnetofónica, podremos compararlas una y otra vez con la forma de expresarse «míster Lowe», de la cual tengo la esperanza de hallar una reproducción en el magnetófono que instalamos anoche allí.

—Es una buena idea.

—Podemos confeccionar las preguntas que debemos hacer según lo que haya recogido la cinta magnetofónica, para poder establecer mejor la analogía entre las palabras que estén grabadas y las que deban responder a las preguntas que hagamos.

—¡Creo que está usted en lo cierto! Eso abre una esperanza a la posibilidad de dar con la solución a este absurdo problema.

* * *

De nuevo en el edificio donde se hallaba la Comisión de Ayuda, centro de las actividades de «míster Lowe», a indicación de Ernie, todos los empleados fueron concentrados en un amplio salón, con centinelas a la vista para que no pudiesen ausentarse.

Inmediatamente, Ernie *Short* y uno de los oficiales que le había ayudado la noche anterior, desmontaron el magnetófono que habían instalado en el despacho ocupado por Charles Darvy y Patsy Shelly.

Fue pasada inmediatamente la cinta magnetofónica que había sido impresa, constituyendo una desilusión para Ernie, si bien el capitán no confesó tal desilusión.

Las conversaciones registradas entre Patsy y Charles Darvy, no se salían de lo corriente. Ni uno ni otro, en los instantes en que se habían quedado solos, habían cursado órdenes ni intervenido en nada que pudiese indicar una complicidad con «míster Lowe».

Afortunadamente la cinta magnetofónica había recogido con bastante fidelidad, por hallarse instalado el aparato cerca del teléfono, las órdenes que «míster Lowe» había dado a Patsy y Charles Darvy que eran semejantes a las que había dado a los demás.

Después de pasar varias veces la cinta en la parte que correspondía a las órdenes de «míster Lowe», confeccionaron el interrogatorio que debían hacer a los empleados.

Contrastaron luego una y otra vez la voz y forma de expresarse de Charles Darvy y llegaron a la conclusión que no tenía punto alguno de semejanza con la de «míster Lowe».

Una vez confeccionado el interrogatorio, fueron llamando a los empleados, incluyendo a las mujeres para disimular así los propósitos que les animaban.

Tanto el comandante Thorpe como Ernie *Short* procuraban dar la impresión de que se trataba de un interrogatorio que se realizaba por pura fórmula, como también por fórmula, Gladys Neuman tomaba notas taquigráficas de los mismos.

Resultaron decepcionantes los interrogatorios, en su mayoría.

Al llegar el jefe de personal, le pareció a Ernie *Short* percibir algo familiar con la forma de expresarse de «míster Lowe», ya que resultaba difícil la comparación de la voz; y después de cambiar una significativa mirada con el comandante Thorpe, alargó el interrogatorio, haciéndole nuevas preguntas y repitiéndole otras, aunque de diferente manera, para obligar al hombre a ceñirse más a la forma de hablar de «míster Lowe».

Al terminar el interrogatorio fue encargado uno de los oficiales de que vigilase discretamente al único sospechoso habido hasta entonces.

Continuaron los interrogatorios por pura fórmula y al cabo de ellos se dio la orden de que se reanudase el trabajo normal.

Se entregaron entonces Thorpe, *Short*, Gladys y otro de los oficiales, a pasar una y otra vez las dos cintas magnetofónicas, comparando formas de expresión y tonos de voz, comenzando la eliminación de los que estaban más lejos de poder representar el papel de «míster Lower».

Los contornos de la turbia personalidad se fueron precisando y al final quedó únicamente el jefe de personal.

—¿Se procede a su detención? —preguntó el teniente Bridge.

Ernie *Short* se adelantó a la respuesta del comandante Thorpe.

—Mi parecer es que se le debe vigilar discretamente, aunque aumentando la vigilancia. Puesto que por la tarde no trabajan, convendría detenerle fuera de aquí, cuando estuviese solo. Así ganaremos unas horas en el caso de que nos hubiésemos equivocado.

—Creo que no hay error posible —intervino Gladys Neuman.

—Tratándose de «míster Lowe», todo es posible, teniente —respondió Ernie.

Gladys se sonrojó, pero no dijo nada, contemplando con expresión enojada a Ernie *Short* durante unos instantes.

El comandante Thorpe, decidió:

—Se le seguirá discretamente y se le detendrá cuando llegue a su domicilio.

Tomó el comandante Thorpe las disposiciones encaminadas a la detención del que consideraban culpable y se dirigió a continuación a Gladys Neuman y a Ernie *Short*.

—Serla interesante que revisásemos las documentaciones que han dado ocasión a que en almacén hayan sido entregados los dos proyectiles «Anti-
Co-x».
E instruiremos algunas diligencias allí.

Una vez en el automóvil, camino del almacén de donde habían sido sacados los dos proyectiles, informó a sus dos auxiliares:

—Se han estado examinando por unos peritos las fotocopias que sirvieron para apoyar la acusación contra el capitán River. Admiten la posibilidad de que la fotografía de sus huellas dactilares haya sido superpuesta. Estudiarán la cosa detenidamente y emitirán su informe.

—Tan pronto tengamos en nuestras manos a «míster Lowe», la inocencia del capitán River habrá quedado patente y sus horas de angustia habrán llegado a su fin. Aunque, naturalmente, los sufrimientos que ha experimentado, el sentimiento de vergüenza e inferioridad que le habrá hecho punto menos que insoportable la vida, no hay quién se los quite ya.

Hablaba Ernie *Short* con expresión severa, envolviendo sus palabras una acusación con los que habían obrado con tanta ligereza al condenar al capitán River.

Gladys Neuman volvió a sonrojarse al sentir sobre ella la mirada de Ernie.

* * *

Dan
O'Malley,

jefe de personal de la Comisión de Ayuda, compareció ante el comandante Thorpe, Ernie *Short* y Gladys Neuman, que se dispuso a tomar notas taquigráficas, aparte del magnetófono que se puso en funcionamiento, tan pronto se inició el interrogatorio.

La detención la habían efectuado el teniente Bridge, otro oficial y un sargento, que permanecieron en pie, a espaldas del detenido.

Era Dan
O'Malley
un hombre que rayaba en los cuarenta años, alto, bastante fuerte, no demasiado inteligente y bastante ambicioso.

Durante la guerra había llegado a suboficial. Herido a poco de iniciadas las hostilidades, aunque la herida no le impedía continuar la lucha una vez curado, había sabido arreglárselas para permanecer en puestos de retaguardia en los que, según se había llegado a murmurar, había sacado no poco provecho.

Una vez desmovilizado había tenido varios empleos de carácter oficial, logrando finalmente meter cabeza en la Comisión de Ayuda, donde había llegado a jefe de personal.

Tales datos e informes obraban ya en poder del comandante Thorpe y eran conocidos por *Short* cuando
O'Malley
fue llevado ante ellos.

Antes de preguntarle nada, fue pasada la cinta magnetofónica que reproducía sus declaraciones anteriores y a continuación fue pasada la que había recogido las órdenes que «míster Lowe» había dado a Charles Darvy y a Patsy Shelly.

Palideció el hombre cuando oyó tal parte de la segunda cinta magnetofónica, al final de ser pasada la cual, preguntó el comandante Thorpe:

—¿Quiere que la volvamos a pasar?

Haciendo alarde de serenidad, respondió el hombre:

—¿Por qué no, si tienen gusto? No comprendo qué es lo que tiene que ver eso conmigo ni con mis declaraciones.

Ernie *Short* y al comandante. —Thorpe cambiaron una mirada de inteligencia y fue entonces el primero quien habló, para decir:

—Quisiéramos ahorrarle tiempo y sufrimientos. Podríamos recurrir al detector de mentiras como primera providencia; pero la verdad es que yo no tengo fe en él. Un hombre que sea capaz de

dominarse, mentirá sin que se registre sensiblemente la cosa. Un pusilánime dirá la verdad y las oscilaciones registradas harán creer que miente.

Dan O'Malley se encogió de hombros como si aquello no fuese con él, y Ernie *Short*, continuó:

—Desechado el detector de mentiras, lamentaría tener que rogar al señor Thorpe y a la señorita Neuman que nos dejasen un par de horas solos con usted. El tercer grado es molesto de aplicar y más, cuando se posee cierta sensibilidad; pero es bastante peor de resistir.

El jefe de personal no pudo evitar un leve estremecimiento, sintiendo que un sudor frío inundaba su frente.

—No le comprendo. ¿Por qué se me ha detenido?

—No se haga el ingenuo porque la cosa está bastante clara. Su forma de hablar es exactamente igual a la de «míster Lowe». Su voz no es la misma; existe una sensible deformación debida a algún aparato que, si se empeña, encontraremos. Usted tiene más libertad de movimientos como jefe de personal en la Comisión de Ayuda, que nadie. Usted tiene acceso a lugares que están vedados a otros empleados. ¡Usted es «míster Lowe»!

Lanzó Ernie la acusación poniéndose de pie, señalando a Dan O'Malley con el índice de la mano diestra extendido hasta casi tocarle el rostro.

El hombre, asustado, retrocedió unos pasos, negando con la cabeza y balbuceando:

—Le aseguro que yo no soy «míster Lowe».

—¡No mienta porque…!

Dejó la frase en el aire a tiempo que le amagaba un golpe a la altura del estómago.

Retrocedió O'Malley precipitadamente un par de pasos, estando a punto de caer de espaldas.

Su rostro había adquirido un color terroso y sus ojos parecían querer escapar de sus órbitas cuando exclamó:

—¡Yo no soy «míster Lowe»! La voz que emplea «míster Lowe» es la mía, pero *yo* ni siquiera lo conozco, lo juro, aunque imagino que él debe pertenecer también a la Comisión de Ayuda.

No resultaba difícil comprender que Dan O'Malley no mentía. Además, su escasa inteligencia no encajaba en la vigorosa personalidad de «míster Lowe».

Ante el silencio de los miembros del servicio de información, continuo el detenido:

—«Míster Lowe» se entera de todo y me dicta las órdenes para que yo las transmita a los demás. Y yo no puedo negarme.

—¿Por qué?

Dan O'Malley bajó la vista, avergonzado.

—Hace algún tiempo cometí unas irregularidades. El verdadero «míster Lowe» se enteró, se hizo con las pruebas y desde entonces me tiene en sus manos y yo no tengo más remedio que hacer lo que él me ordena.

—¿No hubiese sido mejor para usted acudir entonces a nosotras?

—Si hubiese sabido lo que podía suceder, lo habría hecho. Pero «míster Lowe» fue avanzando de forma paulatina, encenagándome poco a poco hasta que no he tenido salida posible.

—¿Fue usted quien dio la orden de asesinato contra Frank Holt?

—No tuve nada que ver con aquello. Me dio la orden, y la tuve que cumplir, de amenazar a Winter y a la señorita Higgins, ordenándoles al propio tiempo que destruyesen las pruebas de las faltas de combustible y lo arreglasen todo a satisfacción.

—¿Viene desarrollando su papel hace mucho tiempo?

—Desde hace un año.

—Conociendo a todos sus compañeros, ¿no puede imaginar quién es «míster Lowe»?

—Si lo supiera, lo habría matado.

—¿Cómo se comporta «míster Lowe» con usted a la hora de recompensarle?

—Lo hace espléndidamente, lo confieso. Pero él me ha advertido seriamente que no haga vida de ostentación y ese dinero lo guardo. Desobedecerle significa la muerte.

—¿Quién ha sacado las fotografías de los informes sobre el proyectil «Anti-
CO-X»?

—Lo ignoro. Usted sabe que yo no puedo haber sido.

Ernie se dirigió a Thorpe:

—¿Lo incomunicamos ya o desea hacerle alguna pregunta?

—Lo incomunicaremos y así reflexionará. ¡Ya lo sabe, teniente Bridge! ¡Que no pueda hablar ni con las ratas!

Salieron los dos oficiales y el sargento conduciendo a
O'Malley.

En el rostro del comandante Thorpe se reflejó el desánimo que sentía.

—¡Una vez más se nos escurre «míster Lowe»!

—Contaba con esto.
O'Malley,
carente de inteligencia, no podía ser «míster Lowe» a menos que el disfraz fuese muy perfecto. Esto vuelve las sospechas sobre la misma persona en la que pensé primeramente.

—¿Quién es, capitán?

—SI me lo permite, señor, me reservaré el nombre. Tengo una idea y con su autorización, voy a repasar algunas fichas de empleados de la Comisión de Ayuda y a pedir datos y fotografías anteriores de algunos de ellos. Las fotografías pueden transmitirlas por radio —fotografía y así las podremos tener aquí dentro de las próximas veinticuatro horas.

—¿Qué idea se le ha metido ahora en la cabeza?

—Una idea un poco particular. La percibí hoy, hablando con uno de los empleados de la Comisión. Entonces no lo comprendí, pero luego, dándole vueltas y vueltas en la memoria, me ha hecho ver claro.

—Habré de confiar en usted. Hasta ahora ha sido sí único capaz de abrir brecha en este asunto que se va presentando cada vez más claro, aunque se resiste aún bastante a manifestársenos con claridad.

—Gracias por la confianza que ha puesto en mí, señor.

—Puede comenzar a actuar, capitán; pero no olvide que mientras «míster Lowe» se halle en libertad, su vida corre peligro y más aún, cuando se entere de la detención de

O'Malley
y por ella se de cuenta de que le va cercando usted.

—Procuraré defenderme si ataca. Pediré al teniente Bridge que me acompañe a por el fichero de empleados e iremos en un coche, blindado.

—De acuerdo. Deben tomar toda clase de precauciones.

Ernie *Short* marchó en busca del teniente Bridge.

Gladys Neuman le vio marchar reflejando su rostro la más viva ansiedad.

Cuando se dio cuenta de que el comandante Thorpe la observaba, se sonrojó, variando su expresión hasta, resultar impenetrable.

—Es terrible este capitán *Short*. Confieso que me engañó un poco cuando lo vi. Pero la realidad ha demostrado que vale bastante más de lo que uno puede imaginarse examinando su hoja de servicios y que es menos tonto de lo que se podría presumir por los informes extraoficiales —expresó el comandante Thorpe.

* * *

Ernie *Short*, tras despachar las diferentes peticiones de fotografías y de informes, se fue a descansar.

Cuando se despertó era ya de noche y se dispuso a llevar a la práctica una idea que le había obsesionado durante todo el día.

Sabía perfectamente que Patsy Shelly no estaría a aquella hora en su casa y se dirigió a ella provisto de una llave muestra.

La joven ocupaba un pequeño departamento, en un barrio modesto, departamento que Ernie había visitado en diversas ocasiones durante los días que la había acompañado.

No le resultó difícil abrir y penetrar en el departamento que estaba totalmente a oscuras en el cual flotaba el delicado perfume que ella usaba.

Experimentó Ernie cierta sensación de vergüenza al pensar que estaba realizando un acto punible; pero inmediatamente se produjo en él la natural reacción al considerar que Patsy no había actuado lealmente con él, ni actuaba lealmente tampoco como ciudadana norteamericana.

Ernie permaneció inmóvil unos minutos después de cerrar la

puerta, hasta que su vista se habituó a la oscuridad y pudo orientarse.

Sacó entonces la lámpara de pilas, la encendió y el rayo de luz, bien dirigido, recorrió la pieza en que se hallaba.

—Orden. Ningún mueble por medio. No hay peligro de tropezar.

Adelantó cuidadosamente rebasando el pequeño *hall*, penetrando en el saloncito al lado del cual se hallaba la alcoba. Era donde tenía Patsy sus libros y sus cosas, donde hacía la vida en las horas que se hallaba en casa, según le había manifestado.

Se sintió un poco desorientado. En realidad, ¿qué era lo que podía encontrar en aquella visita nocturna?

Abandonó el saloncito y pasó a la cocina donde había estado una vez cotí, gran contrariedad por parte de ella.

—Si hay algo de particular, debe estar aquí. De lo contrario, ¿a qué la contrariedad que experimentó?

Recorrió con el rayo de la luz la cocina en la que no encontró nada de particular, a excepción de una puertecilla que estaba cernida.

—¿Una alacena? Pero, no. Allí tiene una. Veamos eso.

Llegó hasta la puerta comprobando inmediatamente que estaba cerrada con llave y que la llave no estaba puesta en la cerradura.

—Eso puede significar algo.

Se disponía a intentar abrir valiéndose de la llave muestra, cuando un leve crujido de cristales le obligó a detenerse, prestando atención al fenómeno.

—Ha sido en el patio interior. Es como si alguien intentase entrar subrepticiamente.

La idea de que otra persona podía estar interesada en lo que podía encontrarse en el interior de la vivienda de Patsy Shelly, prestó un mayor interés al trabajo que estaba realizando.

Apagó Ernie la lámpara y salió al saloncito, situándose en el rincón más oscuro y desde el cual podría ver mejor; y no tardó en ver que la ventana de guillotina se abría poco a poco, apareciendo una mano primero, luego otra y, cuando la abertura ofreció hueco suficiente, aparecieron una pierna y la cabeza.

Se trataba de un individuo de movimientos ágiles y seguros que, tan pronto pasó, dejó caer la ventana suavemente hasta quedar cerrada.

El hombre demostró conocer perfectamente el lugar donde se hallaba, porque, sin la menor vacilación, se dirigió a un pequeño mueble anejo a la biblioteca de Patsy.

Escuchó Ernie que se producía un chasquido y a poco vio que el individuo tomaba entre sus manos un collar que guardó en uno de sus bolsillos.

Y seguidamente cerró el departamento que había abierto y se retiró silenciosamente en dirección a la ventana.

Ernie aguardó a que el hombre estuviese de espaldas a él y cuando se disponía a abrir de nuevo la ventana, lo sujetó fuertemente per un brazo.

—¡No se mueva! Antes de salir tendrá que dejar eso que ha robado.

Le retorció el brazo en dura presa de lucha para evitar que el ladrón pudiera revolverse; pero éste, con una agilidad pasmosa, dio una voltereta en el aire deshaciendo la presa y atacó con un rudo golpe que alcanzando a Ernie en el rostro lo derribo violentamente.

Ernie sacudió la cabeza tratando de despejarla, disponiéndose a atacar de nuevo; pero vio brillar algo en la mano del desconocido y se lanzó al suelo a tiempo que el cuchillo pasaba silbando sobre su cabeza, clavándose con fuerza a espaldas del lugar donde se hallaba unas fracciones de segundo antes.

El desconocido, al errar el golpe, echó mano a su pistola; mas el oficial saltaba ya sobre él, atenazándolo por las piernas y derribándolo de forma aparatosa.

Se entabló una dura lucha, oyéndose en la oscuridad el jadeo de los contendientes, sus bufidos, el sordo chasquido de los golpes.

El desconocido era ágil y duro, conocía bien los recursos de la lucha y tuvo el acierto de asestar un terrible golpe con su cabeza en el estómago de Ernie, que relajó sus músculos al percibir un fuerte dolor.

Pero la reacción del audaz capitán resultó fulminante en forma de un puñetazo en crochet a la oreja, que derribó al desconocido sin sentido.

No se confió Ernie por ello, sino que saltó sobre él y, quitándole el cinturón, le amarró las manos a la espalda, haciendo luego lo propio con los pies, empleando para ello un pañuelo.

Ernie tenía justificada ya su presencia en la casa y no reparó en

encender el conmutador de la luz. El hombre tendido en el suelo, un japonés que no tendría más de veinticinco años, comenzaba a dar señales de vida, mirando a su vencedor con ojos que rebosaban odio.

—¡Morirás, maldito blanco!

—Todos moriremos, unos antes que otros. Pero tú no me sobrevivirás como vuelvas a ponerte en mi camino.

Las miradas de Ernie se desviaron hacia el collar que, en uno de los azares de la lucha, había caído al suelo. Se trataba de un collar de perlas, una de las cuales, de buen tamaño, se hallaba rota, asomando en su interior un papelito minúsculo, de tamaño no mayor que un confeti.

Se agachó Ernie a cogerlo y advirtió que la perla era falsa, al contrario de las otras y que ofrecía una cavidad donde se hallaba el minúsculo papelito.

Tomó éste, y al examinarlo, advirtió que se trataba de un trozo de película, recubierta con un fino papel por ambas caras.

—Es posible que sea un negativo fotográfico. Pero eso ya le veremos.

Examinó a continuación el collar, particularmente, la perla de donde, había salido el papelito. La capa exterior de la perla estaba saltada, rota a consecuencia de los golpes, y el resto de ella, una artificiosa esfera dividida en dos, con sendas concavidades, tenía el peso aproximado de las otras perlas.

—¡Muy ingenioso!

Entregado al estudio del trabajo que representaba la perla artificial, no advirtió que la puerta del departamento se abría lentamente y que Patsy Shelly penetraba sigilosamente, volviendo a cerrar apenas hubo entrado.

El leve ruido que se produjo al cerrar, fue lo que hizo volver la cara a Ernie, que se encontró ante una Patsy cuyo gesto era duro y que le encañonaba con una pistola.

—¡Levanta las manos, Ernie *Short*! ¡Vamos, deprisa! Te aseguro que la cosa es grave y no bromeo.

—No está mal, Patsy Shelly. Jamás pensé que podrías ser tú uno de los traidores.

Ella interrumpió vivamente:

—No trates de ganar tiempo ni de aturdirme envolviéndome en

palabras. Desata a ese hombre.

—¿Y si no lo quiero desatar, qué pasará?

—Te mataré como a un perro. La pistola lleva silenciador y no se enterará nadie.

—Pues mátame. De todas formas me matarías. Hazlo ahora si tienes valor para ello.

—Naturalmente que tengo valor. Pero hubiese preferido que te matase él. Te odia y te estrangularía muy a gusto. Lo noto en sus miradas.

—Pues te vas a quedar sin ese gusto a menos que lo desates tú…

Una expresión de rencor animó los ojos de Patsy, cuya boca se apretó convulsivamente. La mano libre le tembló ligeramente y Ernie comprendió que iba a disparar.

Y sin detenerse a pensarlo, saltó como un tigre y casi simultáneamente se oyó el leve ruido del disparo ahogado por el silenciador.

Ernie experimentó el golpe del proyectil, sintiendo un dolor agudo en el hombro; pero cayó como catapultado sobre Patsy, derribándola y obligándola a soltar el arma al caer.

La mujer gritó al advertir que perdía la partida e intentó llegar al arma. Al no lograrlo, dirigió un zarpazo al rostro del agente con ánimo de herirlo en los ojos.

Esquivó el hombre, pero aún sintió que las agudas uñas se clavaban en su piel, lacerándola; y perdida la paciencia, asestó un duro golpe a Patsy, que la dejó sin sentido.

—¡Caray con la gatita! ¡Me ha resultado un verdadero tigre!

Se apresuró Ernie a levantarse, buscó con qué amarrar a Patsy y cuando la tuvo segura, se llegó al teléfono, marcando un número.

Cuando le respondieron, se dio a conocer, diciendo a continuación:

—Deseo hablar con el comandante Thorpe, teniente Neuman.

Una vez al habla con el comandante, informó escuetamente:

—Nos vamos acercando a «míster Lowe», señor. He realizado una magnífica captura. Me atrevo a rogarle que venga a reunirse conmigo aquí.

Le dio las señas de la casa y se dispuso a iniciar las investigaciones que la entrada del nipón había interrumpido.

CAPÍTULO VIII

Cuando llegó el comandante Thorpe acompañado por Gladys y el teniente Bridge, ya Ernie *Short* había abierto la puerta que había llamado su atención en la cocina, descubriendo en una pequeña habitación un reducido pero perfecto laboratorio fotográfico.

Una vez llegó Thorpe con su acompañamiento, sometieron el pequeño confeti a un baño que desprendió la fina capa de papel que lo cubría, quedando a la vista un microscópico negativo fotográfico.

Sometiendo éste a un examen con lupa, se vio que se trataba de la fotocopia de un documento, aunque par su reducido tamaño resultaba casi ilegible.

Bridge explicó:

—Esta reducción está lograda en dos veces. En la primera, la fotografía del documento queda reducida al tamaño de un sello aproximadamente, y en la segunda, a esto tan insignificante que ustedes ven.

Patsy había vuelto en sí y contemplaba a los agentes de contraespionaje con expresión que denotaba el más vivo rencor.

—¿Dónde está la máquina fotográfica que usas para eso? —preguntó Ernie dirigiéndose a Patsy.

—¡Búscala! Si la encuentras, para ti —respondió mordaz—. De todas formas me vais a fusilar, así es que no tengo por qué ayudaros.

—Haces bien. Así no habrá por qué tener clemencia contigo.

La mirada de Ernie fue atraída por el reloj de pulsera que llevaba Patsy. Era el que llevaba corrientemente cuando salía con él. Pero no era el mismo que usaba cuando estaba en la oficina, lo recordó perfectamente.

Y buscó entonces en el mueble de donde el nipón había sacado

el collar de perlas.

No necesitó buscar mucho para encontrar el reloj deseado, el cual abrió, mostrándolo a los admirados compañeros.

—¿Qué le parece? En lugar de reloj es una diminuta, pero magnífica máquina de retratar.

Manipuló con ella.

—¿No es maravilloso? Se coloca sobre lo que se debe retratar, a una cierta distancia, de forma que la fotografía no puede fallar y en sus misma barbas le sacan a uno la fotografía de cualquier documento.

Bridge examinó la máquina, exponiendo a continuación:

—Con este tipo de máquina basta con una sola reducción para lograr el tamaño confeti.

Estuvieron examinando el laboratorio donde Patsy realizaba tales reducciones.

A continuación practicaron una detenida inspección de la perla hueca que servía de vehículo.

Patsy Shelly, estrechada a preguntas, desmoralizada por su fracaso, después de sus primeros momentos de resistencia, terminó por confesar, haciendo una demostración de cómo, una vez guardado el diminuto negativo fotográfico en el interior de la perla falsa, ésta era sumergida en un baño que la cubría de una capa que la hacía aparecer como una perla verdadera ante quien no fuese técnico en la materia.

—Así quedaba disimulada en el collar y era punto menos que imposible que nadie pudiese pensar que era el vehículo en el cual iban los negativos de los documentos.

Lo dijo con cierto orgullo, continuando:

—«Míster Lowe» sabe disponer bien las cosas.

—Supongo que es inútil que te preguntemos quién es «míster Lowe» —dijo *Short*.

—No le conozco, aunque parezca imposible.

Señaló para el japonés que permanecía atado.

—Tampoco conocía a este hombre. Yo sabía que alguien venía a recoger lo que yo dejaba preparado en el collar. El entraba aquí como si fuese un ladrón, por si se le sorprendía, para que no se pudiese pensar en una complicidad. Han tenido quedarse un cúmulo de casualidades para que nos descubriera… —añadió con amargura.

—¿Adónde lleva él?, ¿se magnífico collar?

—No lo sé. La misión mía terminaba ahí. Y yo no tengo por qué conocer más.

—De acuerdo. Entonces será él quien tendrá que responder a eso. Otra pregunta, Patsy. ¿Eres tú quien hizo la composición fotográfica para que aparecieran las huellas dactilares del capitán River primero y las mías después, en los documentos?

—No. Ese trabajo se realiza cuando se ha logrado la ampliación. Yo me limité a facilitar fotografías de las huellas de uno y otro.

—¡Gracias! —expresó Ernie *Short* con ironía—. Gracias, sobre todo, en nombre de nuestra amistad.

—¡Amistad! ¿Es que aún crees en ella? ¿Has hecho mucho caso nunca, ni de mí, o de mi amistad? Lo has hecho en esta ocasión porque soy una mujer atractiva, que da tono salir con ella…

Había amargura y una expresión atormentada en la actitud, las miradas y la voz de Patsy; y Ernie prefirió no seguir por aquel derrotero, dirigiéndose a continuación al japonés quien, duramente estrechado, hubo de confesar que llevaba el collar a casa de un importante negociante de joyas.

—¡No está mal! Así nadie podía sospechar aunque sorprendiese tal contacto. Hubiese quedado reducido a un simple delito de tipo común por compra de joyas robadas. ¡Muy hábil!

Los dos detenidos fueron llevados en el mayor secreto a los calabozos del servicio de contraespionaje, y poco después la máquina de éste se ponía en marcha, deteniendo uno tras otro a diversos complicados en la organización de espionaje.

Se hizo todo sigilosamente, en horas, cuidando de no espantar la caza. Pero «míster Lowe», el que aparecía como cerebro de la organización no fue descubierto, aunque por iniciativa de *Short* se mantenía una discreta, pero estrecha vigilancia sobre algunos empleados de la Comisión de Ayuda.

* * *

De madrugada ya, se fueron recibiendo las radiofotografías y demás datos solicitados por Ernie *Short*, quien, antes de completar la colección, mostró una de las radiofotografías al comandante Thorpe.

—¿Conoce a este individuo?

—No lo he visto en mi vida.

—¿Cree que puede ser Charles Darvy?

—¡En absoluto! Aunque forzando mucho la imaginación, teniendo en cuenta los años y lo que puede desfigurar su herida del rostro, se podría encontrar un lejano parecido.

—Eso quiere decir que el Charles Darvy que tenemos aquí, no es el verdadero. Y que el que pasa por Charles Darvy, es «míster Lowe». En éste sí que encajan las cualidades de inteligencia, audacia y disimulo para llevar a cabo su papel.

—¿No nos llevaremos un planchazo, capitán?

—Puede estar seguro de que no, señor. En el peor de los casos, recabo para mí la responsabilidad. Usted, señor, debe quedar al margen hasta que mi teoría quede confirmada.

—No quisiera que pudiera quedar oscurecido el indudable éxito que le debemos.

—Creo que no quedará oscurecido. Esto lo aumentará. Estoy seguro de que el teniente Bridge no tendrá inconveniente en acompañarme. ¿Me equivoco, teniente?

—En absoluto, capitán. Creo que está usted en lo cierto.

—¿Puedo acompañarles yo? —pidió Gladys.

—Lo siento, teniente Neuman. Pertenece usted a un cuerpo auxiliar y ésta no es tarea propia de una mujer. Puede que haya leña e incluso tiros, y eso es propio de nosotros, los hombres.

Hubo de disimular la joven la contrariedad que le había producido la respuesta de *Short*, aunque estuvo a punto de llorar de indignación.

Aumentó la vigilancia en torno a Charles Darvy, retirándola a los otros de los cuales se sospechaba.

Una vez fue de día, a la hora en que normalmente Darvy salía de su casa para dirigirse a la oficina, se redoblaron las precauciones.

Bridge, impaciente, preguntó a *Short*:

—¿Por qué no le detenemos ya?

—Debe ser él quien se descubra. Y esto ocurrirá cuando, transcurrido cierto tiempo, advierta que Patsy Shelly no llega a trabajar. Es posible que telefonee a casa de ella y cuando le llegue el momento de temer, tratará de huir. Será el momento indicado para darle caza.

* * *

Desde la detención de Dan O'Malley, en el edificio donde radicaba la Comisión de Ayuda, había sido reforzada la guardia de la Policía Militar, que impedía el acceso a las oficinas de las personas ajenas a las mismas, a menos que tuviesen que realizar alguna gestión en ellas.

Ernie *Short*, el teniente Bridge y dos oficiales más del servicio, detuvieron el coche frente al edificio y pudieron apreciar que los agentes destacados para la vigilancia de Charles Darvy se hallaban en sus puestos.

Se situaron a su vez estratégicamente y dejaran transcurrir el tiempo hasta que, menos de mediada la mañana, se produjo lo que Ernie *Short* aguardaba.

El supuesto Charles Darvy apareció en la puerta del edificio, deteniéndose en ella para tender la mirada en torno.

Su rostro reflejó una cierta sensación de alivio al advertir que nadie le impedía la salida y al no notar nada anormal en la calle.

Llevaba el supuesto Darvy una cartera debajo del brazo y comenzó a descender las escaleras lentamente, fija su mirada en un automóvil que había aparecido por uno de los extremos de la calle.

Advirtió Ernie tal mirada y con un leve codazo llamó la atención de Bridge que se hallaba a su lado.

—Cuide usted de aquel automóvil. Es casi seguro que acude a recogerlo.

Darvy, al ver que el coche se aproximaba a la acera, aceleró el paso a tiempo que se abría una de las portezuelas del vehículo, aún antes de detenerse.

La acción hubiese resultado desconcertante para gente menos preparada que la dirigida por Ernie *Short*, pero no para ellos, que actuaron con precisión matemática, como si hubiesen ensayado la operación varias veces.

Uno de los automóviles de los agentes del contraespionaje se adelantó debido a una señal del capitán *Short*, cerrando el paso al vehículo que había acudido a recoger a Darvy.

Sus ocupantes encañonaron con sus armas automáticas al conductor y a dos hombres que iban en el automóvil y que no

esperaban el ataque por aquella parte.

En tanto, *Short* y dos de los oficiales, avanzaban en dirección a Darvy mientras Bridge, en prevención de que el automóvil pudiera hacer marcha atrás, saltaba al estribo y encañonaba al chofer por la parte de la acera.

En el rostro de Darvy se reflejó de improviso la furia de que se sintió poseído y rápidamente echó mano a la pistola que llevaba en la cartera encañonando con ella a Ernie *Short*.

Pero antes de que tuviera ocasión de disparar, lo hizo *Short*, quien le alcanzó con dos proyectiles en la mano derecha, obligándole a soltar el arma.

—¡Es mejor que se esté quieto, «míster Lowe»! Ha llegado el momento de su derrota y debe de saber perder.

El capitán del servicio de contraespionaje colocó su diestra sobre uno de los hombros del supuesto Charles Darvy, quien hubo de resignarse con su derrota.

Mientras tanto, los restantes agentes del servicio desarmaban y detenían a los ocupantes del automóvil que había acudido a recoger a «míster Lowe».

Presionados fuertemente unos y otros, así como los que habían sido detenidos anteriormente, se realizaron nuevas detenciones, quedando destrozada la organización de espionaje, uno de cuyos más relevantes miembros era el supuesto Charles Darvy.

* * *

Reunidos en el despacho del comandante Thorpe, éste expresó, dirigiéndose a *Short*:

—Aún no vuelvo de mi asombro, capitán. ¿Cómo ha logrado ese hombre filtrarse hasta el puesto que ocupaba?

—El actuaba en la Embajada alemana aquí en Tokio, desplazándose con frecuencia a los frentes de combate. En una de tales ocasiones logró la documentación de un oficial norteamericano, Charles Darvy, que, después de herido, cayó prisionero y murió. Eran los últimos días de la guerra, y como él mismo resultó herido en una de tantas ocasiones, pasó a uno de nuestros hospitales. Hombre cultísimo, dominando a la perfección varios idiomas, no le fue difícil llevar adelante su nuevo papel.

—¿Y la familia?

—Por cartas que encontré a Darvy encima, pude saber que no tenía familia próxima; y como no volvió a Norteamérica después de la guerra, procuró ir enfriando sus relaciones con la familia lejana.

—La suerte también es un factor.

—Decisivo a veces. El buen comportamiento de Darvy en los campos de batalla, le permitió irse situando, unido eso a su capacidad de trabajo y a su energía. Se relacionó luego con elementos revanchistas nipones y se montó la organización de espionaje. Y supo hacerla funcionar sin que muchos de sus elementos se conociesen a pesar de trabajar en el mismo lugar, como el caso de él mismo, Patsy y Dan O'Malley, a los que reclutó valiéndose de sus debilidades.

—¡Magnífico trabajo el suyo, capitán *Short*! Le felicito. La inocencia del capitán River ha sido comprobada y dentro de esta misma semana será puesto en libertad.

—Me alegra mucho haber contribuido a ello, señor…

* * *

Ernie *Short* acudió al *night-club* donde una noche bailara con Gladys Neuman, acariciando la remota esperanza de encontrarla allí, fuera del ambiente del servicio.

Cuando llegó no la vio y estuvo a punto de marchar, decidiendo al fin, sentarse y aguardar.

Y su espera tuvo su compensación, puesto que vio llegar al cabo de un rato a la joven, acompañada de su primo.

Al encontrarse sus miradas, temió Ernie que la joven retirase la suya, pero se equivocó. Gladys le sonrió graciosamente y Ernie no dudó ya, levantándose y acudiendo a su encuentro.

—¿Puedo ofrecerles un sitio en mi mesa?

—Con mucho gusto, capitán.

—Olvidemos nuestras jerarquías oficiales y seamos amigos.

—¿Y por qué no?

Presentó Gladys a los dos hombres y pasaron a sentarse en torno a la mesa.

El primo de Gladys pidió autorización para saludar a unos

conocidos y los dos jóvenes quedaron frente a frente.

—¿Bailamos? —preguntó Ernie sintiéndose audaz.

—¿Y por qué no? Siempre que no sea una orden, naturalmente. He comenzado a disfrutar de un breve permiso —expresó Gladys.

—Lo prefiero. Me agrada más tratarla como a una señorita que como a un compañero.

Se pusieron en pie y Ernie la ciñó por el talle a tiempo que murmuraba:

—Así es mejor. No me agrada bailar con tenientes.

Rió Gladys y continuó Ernie:

—La verdad es que no sé cómo tengo humor…

—¿Qué le sucede?

—He contribuido a la libertad del capitán River. Un buen compañero, indudablemente, pero un rival en materia amorosa. ¿No eran prometidos?

—No llegamos a serlo. Salíamos juntos, pero su forma de ser hizo que no cuajase lo que pudo haber sido. Y luego… ¿Para qué hablar de esto? ¿Lo considera necesario?

—¡En absoluto, encanto!

Las miradas habían dicho más que las palabras y Ernie la estrechó dulcemente entre sus brazos.

—¿Puedo tener la esperanza de que llegues a quererme un poquito…?

—¿Con tan poco te conformas?

—Es un decir. Tú has adivinado que soy de los de todo o nada.

—Pues todo, querido. Me venciste desde el primer momento, aunque intenté rebelarme.

—Eso significa que tu licencia será indefinida, hasta que renuncies al cargo, cosa que harás muy pronto. Cuando te conviertas en la esposa de Ernie *Short*. ¿Convenido?

—Convenido… Creo que es lo mejor que podía suceder, querido.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, España, 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monterroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.